La Ilustración Artística

Año XIV — Barcelona 1.º de abril de 1895 — Núm. 692

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

Texto. – *Más acerca de fuentes históricas*, por José María Sbarbi. – *Semblanza. Simón Bolívar*, por la baronesa de Wilson. – *La prueba*, por Emilio Hinzelin, artículo ilustrado con dos grabados que representan escenas descritas en el mismo. – *Amar en verso*, por Aureliano J. Pereira. – *Nuestros grabados.* – *Miscelánea*, que comprende tres secciones con noticias de actualidad referentes á *Bellas Artes*, *Teatros* y *Necrología*. – *La Cabellera de Magdalena* (continuación), novela original de Juan Rameau, con ilustraciones de Marchetti, traducción de Enrique L. de Verneuil. – Sección científica: *El dicatóptero de Enrique Epper*, por X. – *Las calderas del contratorpedero inglés «Hornet,»* por J. Renard. – *Fabricación de fulminantes*, por A. M. V.

Grabados. – *Boulevard*, cuadro de Francisco Miralles. – *Retrato de Simón Bolívar.* – *El poeta Olmedo pide á Bolívar en nombre del Perú la libertad de éste*, bajo relieve de Tenerani. (Retrato y bajo relieve que ilustran el artículo *Semblanza.*) – *Una lección de catecismo*, cuadro de José Benlliure. – *Monumento erigido á la memoria de Meissonier en Poissy*, obra de Fremiet. – *Los tres últimos*, cuadro de Leipold. – *Pensativa*, cuadro de José María Tamburini. – *El ortiguero*, cuadro de Dionisio Baixeras. – *Recuerdos*, cuadro de Manuel Villegas Brieva. – Fig. 1. El dicatóptero, aparato para dibujar. – Fig. 2. Modo de usar el dicatóptero. – Fig. 3. Aparato supletorio del dicatóptero para dibujar objetos en perspectiva. – Fig. 1. Nueva caldera Yarrow empleada en el contratorpedero inglés *Hornet*. – Fig. 2. El contratorpedero inglés *Hornet*. – *Un mal paso*, cuadro de José Cusachs.

MÁS ACERCA DE FUENTES HISTÓRICAS

En el número 397 de esta Revista (correspondiente al 5 de agosto de 1889), comencé encareciendo, bajo el título de *Fuentes históricas*, la importancia que entraña el estudio analítico comparativo de las *Constituciones sinodales* establecidas por los prelados de las múltiples diócesis del catolicismo, y singularmente de las del suelo hispano, á cuyo efecto aduje unos cuantos ejemplos, y terminé anunciando que quizás no fuera el contenido de dicho artículo la única muestra que ofreciera á la benévola consideración y mayor competencia de los lectores de La Ilustración Artística; hoy pasa á convertirse aquella hipótesis en realidad, mediante las siguientes

BOULEVARD, cuadro de Francisco Miralles (Salón Parés)

2009 Ministerio de Cultura

líneas que, contando, como siempre, con la benevolencia del público, procedo á trasladar al papel.

Fray D. Pedro de Rojas, obispo de Astorga, celebró sínodo en su diócesis en el año de 1592, y por el capítulo 22 de la constitución 10, se dispuso lo siguiente:

«Otrosí, *sancta Synodo approbante,* estatuímos y mandamos en virtud de santa obediencia, y so pena de descomunión y de cuatro ducados por cada vez, que de aquí adelante ninguno use de abusos algunos, de los que hasta aquí usaban en este obispado, de *llevar la gallina*, que llamaban, á los novios después de media noche el día que recibían las bendiciones nupciales, con cantares lascivos y deshonestos, en ofensa de Dios y del matrimonio, ni se hagan semejantes abusos en ninguna manera, ni se canten cantares enderezadas á semejantes deshonestidades...»

Ya se deja comprender que la *gallina* á que aquí se alude no era ninguna de esas aves de corral conocidas con dicha denominación.

Celebróse sínodo en Málaga por su obispo el Ilustrísimo y Revmo. Sr. D. Fr. Alonso de Santo Tomás, año de 1671, y entre otras muchas particularidades de mayor ó menor curiosidad é interés, leemos la siguiente:

«Y mandamos que de aquí adelante para todas nuestras iglesias parroquiales no se hagan casullas, dalmáticas, capas, frontales, paños de púlpitos, mangas de cruz, mucetas ni atrileras de ningunas telas extranjeras, ni de otros colores fuera de los cinco en la Iglesia usados (1). Y encargamos sean los dichos ornamentos de terciopelo, damasco, ó tafetán de España y no de otros reinos, y que sea tejido con especial cuidado y todo gusto, por la experiencia que tenemos de cuánto más decente y firme materia es la que se labra en estos reinos, de cuyo uso se sigue mayor lustre á las iglesias y conveniencia á la Fábrica. Y el mayordomo que sin especial licencia nuestra otra cosa hiciere, no se le reciba en cuenta el gasto y costa que hubiere hecho, ni los sacristanes ni otros ministros reciban ni admitan los tales ornamentos hechos contra el tenor desta constitución.» (Lib. 1.º, título 15, párrafo 5.)

Con muchas disposiciones por este estilo, emanadas de todo linaje de autoridades que desempeñaran el papel de padre y no de verdugo de la nación, y con menos afición de la que desgraciadamente reina en nuestro suelo á pagar vergonzoso tributo al predominio de usanzas venidas de *extranjis*, algo más valdría nuestra industria, nuestro comercio y nuestra significación. De cualquiera suerte, ¡loor al príncipe de la Iglesia que, sin necesidad de vocinglería ni alharacas, ostentara patriotismo tan acendrado!..

Las *Constituciones synodales del obispado de Cádiz* fueron promulgadas en el año de 1591 por su prelado el cardenal D. Antonio Zapata, canónigo que había sido de Toledo, é impresas en Madrid en el de 1594. Entre otros varios particulares dignos de llamar la atención del hombre observador y curioso, figuran los dos que procedo á copiar textualmente:

«La felice recordación de Pío V dejó ordenado que á los condenados á muerte se les administre el santo sacramento de la Eucaristía, porque castigados en el cuerpo no lo sean en las almas, quitándoles un remedio tan importante para su salvación; y ansí, mandamos que en este obispado se guarde y cumpla, no obstante cualquiera costumbre que en contrario haya, y la Justicia en manera alguna no lo impida.»

A dicho propósito transcribiremos aquí lo que dijimos en *El Averiguador Universal* (tomo II, pág. 102), tomado de la *Noticia del origen de los nombres de las calles de Sevilla*, por D. Félix González de León (páginas 68-69), y es del tenor siguiente:

«El estilo que había, era que, en condenando los jueces á uno ó más á muerte, les llamaban al confesor, que los confesaba generalmente, y, en absolviéndolos, los llevaban al patíbulo. Ofrecióse en Granada sentenciar á un mozo por ladrón; confesó con un padre de la Compañía, y luego que entendió que no había de comulgar, fué tanta la aflicción y llanto que tuvo, que el compañero del confesor, que era lego y se llamaba Juan de Sevilla, le ofreció solicitar su consuelo. Entró en la sala de los Alcaldes, y propúsoles su zelo y compasión. Respondiéronle no era estilo viniese nuestro Señor á parte tan inmunda. Refiere Pedraza la réplica tan eficaz que les hizo Juan de Sevilla, que se hallaron confusos, y le dijo el que presidía acudiese al arzobispo; que lo que él ordenase se ejecutaría. Fué Juan de Sevilla al Arzobispo; dióle cuenta de todo lo que pasaba, y el Arzobispo mandó un criado suyo á la parroquia de Santa Ana, y que mandase al cura comulgase al reo. Hízose esto con tanta diligencia, que primero comulgó el reo que lo supiesen los alcaldes. El Arzobispo dió cuenta al pontífice Pío V, el cual despachó *motu proprio* un breve, su data en Roma á 25 de enero de 1568, para toda la cristiandad, disponiendo se diera la Comunión á los condenados á muerte, no obstante cualquier uso ó costumbre en contrario.

»Después el rey D. Felipe II lo determinó por ley, mandando que las Justicias ordinarias señalasen en las cárceles capilla y lugar decente donde los condenados á muerte pudiesen oir misa y recibir el sacramento de la Eucaristía con honor y reverencia, y que, *por el decoro que se debe á tan gran Sacramento, no se ejecute la sentencia de muerte hasta el día siguiente, pasadas las veinticuatro horas.*»

Al tratarse en dichas Constituciones gaditanas de los examinadores de ordenandos (ú *ordenantes*, como allí se los llama), intímaseles á aquéllos que «en las preguntas que hicieren, no se muestren severos y rigorosos en el aspecto y palabras, de manera que el examinado desmaye. Oiganle con benignidad, mostrando agradarse con las respuestas; y por ocasión ó causa del examen no reciban cosa, por muy pequeña que sea, antes ni después, so las penas en el sagrado Concilio discernidas, sobre lo cual les encargamos la conciencia.» Falta hacía que á algunos catedráticos de nuestra época les cayera encima una ley análoga, lo cual llenaría de gozo á más de cuatro estudiantes de ciertos Institutos y Universidades.

De las *Constituciones synodales del obispado de Oviedo, hechas en esta ciudad por el Ilustrísimo Señor D Agustín González Pisador* (1769), trasladamos la cláusula siguiente, que obra al título 3.º, constitución 1.ª, párrafo 1.

«..... prohibimos la impropia y perjudicial costumbre que hay en algunas parroquias de esta nuestra diócesis, de la función ó repartición del *Bollo*, que llaman, y que se hace en la iglesia en el viernes santo de cada un año al tiempo de la adoración de la Cruz, con la turbulencia, algazaras y voces que se dejan reconocer, incorrespondiente á tan sagrado lugar y santo día, y asimismo la que hay en otras de comerse y beberse en los pórticos de ellas en los días festivos el pan sobrante de caridad y el vino que quedó en la misa que dijo el cura, de que también se siguen altercaciones y disputas.»

Ya se comprende que, no habiéndose establecido el arte de la imprenta en nuestro suelo hasta bien entrado el último tercio del siglo XV, mal podían las Sinodales anteriormente estatuídas ser trasladadas al molde en época anterior á esa fecha; así y todo, no fueron esas obras de las primeras en salir á luz por medio de la estampa, si bien no dejó de imprimirse alguna que otra antes de terminar dicho siglo. Ahora, pues, en el año 1406 celebró sínodo en Coria su pastor D. Fr. García de Castronuño, según lo evidencia el siguiente curioso documento que insertamos á continuación, tomándolo de la *Sevilla Mariana* (tomo VI, págs. 264-65), y es del tenor siguiente:

«Acerca de los Manteles con que se celebró la Cena Eucarística, sobre los que se puso el pan que Jesucristo consagró y convirtió en su propio Cuerpo, consta, según la práctica de los hebreos, que eran muy extensos, para que pendiesen de la mesa por todos sus lados. Parte de ellos se conservan en Viena, de Austria; pero la mayor los posee en su Relicario la Santa Iglesia Catedral de Coria, en Extremadura.» El maestro Gil González Dávila, antiguo cronista de los Reinos de Castilla, en su *Teatro-Eclesiástico*, de las Iglesias Metropolitanas y Catedrales de España, al hablar de la de Coria, dice: «Tiene en su Sacristía Reliquias de mucha estima, parte de los Pañales en que Cristo Niño fué envuelto; *los Manteles en que Jesucristo cenó con sus Discípulos;* una Espina de su Corona; una parte del *Lignum Crucis;*» y sigue enumerando las otras de varios Santos. Una familia piadosa de Sevilla posee un pequeño fragmento de aquellos Manteles, en un cuadro con su auténtica, que al pie de la letra dice así:

«Nos D. Ramón Montero, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, arzobispo, obispo de Coria, del Consejo de Su Majestad, etc. – Atestamos: Que habiendo manifestado y puesto á la pública veneración las santas Reliquias que se veneran en esta nuestra Santa Iglesia Catedral, y siendo una de las más estimables la de los *Manteles* en que nuestro divino Salvador celebró la Cena é instituyó el admirable Sacramento de la Eucaristía, de cuya autenti cidad se hizo reconocimiento por nuestro digno antecesor el Ilustrísimo Señor D. Fray García de Castronuño, en el año de mil cuatrocientos y seis, en que celebró sínodo, y en él se hizo mención de las mismas santas Reliquias; y deseando dar una prueba de nuestro afecto al Excelentísimo Señor D. José Sanjuán, Teniente General de los Reales Ejércitos y Capitán General del Ejército y Provincia de Extremadura, en recompensa de sus sentimientos religiosos, le hemos donado una pequeña parte de dichos santos Manteles, la que pendiente de una cinta encarnada, se halla unida á esta Certificación, mediante el sello mayor de nuestras armas, de la que, como ni del sello, por ningún motivo pueda separarse. – Dada en nuestro Palacio Episcopal de Coria á los treinta días del mes de julio del año de mil ochocientos treinta y dos. – Ramón, Arzobispo, Obispo de Coria. (Hay una rúbrica). – Por mandado de Su Señoría Ilustrísima, el Arzobispo, Obispo mi señor, Ignacio Rodríguez Amado, Secretario. (Rúbrica).»

Año de 1698 tuvo sínodo en Logroño el Ilustrísimo Sr. D. Pedro de Lepe, obispo de Calahorra, natural de Sanlúcar de Barrameda, y sujeto de admirables ciencia, prudencia y virtud. Es notabilísimo el Catecismo ó Doctrina Cristiana que precede á las *Constituciones* en tal ocasión redactadas, y de las cuales entresacamos la cláusula siguiente (constitución 21, lib. 3.º, tít. 9.º), por la que se reprueba altamente la práctica abusiva «de que en los entierros, cuando sacan el cadáver de la casa en donde está, lo ponen en el zaguán, ó en la calle, y allí el clero, puesto en bancos que tienen prevenidos para este efecto, ó en otra forma, le hace y canta el nocturno, ó nocturnos, de Difuntos, reservando tan solamente para la iglesia la Misa y Oficio de sepultura.»

La verdad es que, así por este como por otros varios conceptos consignados en el texto de dichas Constituciones sinodales, que sería prolijo enumerar, no sale muy bien parado, que digamos, el clero calagurritano de fines del siglo décimoséptimo. Bien es verdad que la causa de esos y otros muchos abusos provenía de la circunstancia de ser en aquel obispado pilongos ó patrimoniales los beneficios eclesiásticos, de donde nació el antiguo refrán que dice: *En Calahorra, al asno hacen de corona.*

D. Baltasar de Moscoso y Sandoval, de la ilustre casa de Altamira, que falleció siendo arzobispo de Toledo, y cuya memoria será imperecedera por los muchos y distinguidos rasgos caritativos que abrillantan su vida, fué antes cardenal de la Iglesia Romana y obispo de Jaén. En esta ciudad convocó y celebró sínodo diocesano en el año de 1624 (cuyas Constituciones se imprimieron en Baeza en 1626), y al libro 2.º, título 10, cap. 1.º, leemos la especie siguiente, después de haber ordenado que «no se hagan votos de correr toros, ni valgan los hechos:»

«Y en cuanto á los votos que en algunos lugares de nuestro obispado se han hecho de no dar de mamar á los niños, ni de comer ni de beber á los animales en fiestas de algunos santos, hasta después de la procesión y haber vuelto á sus casas, mandamos á nuestros visitadores los vean y examinen, para que en el cumplimiento dellos se sirva Dios y honren sus santos, y se huyga *(sic)* cualquier olor ó especie de superstición.»

No es menos curiosa, por otro estilo, la especie que vamos á apuntar:

«..... no consientan los priores ó curas que se lleven á la iglesia ofrendas fingidas, los cueros no vayan llenos de aire ni agua, el pan sea trigo, no cebada; pena que los que lo contrario hicieren, tendrán obligación á dar otro tanto trigo como cabía en los costales que allí pusieron, y otro tanto vino como cupo en los cueros...»

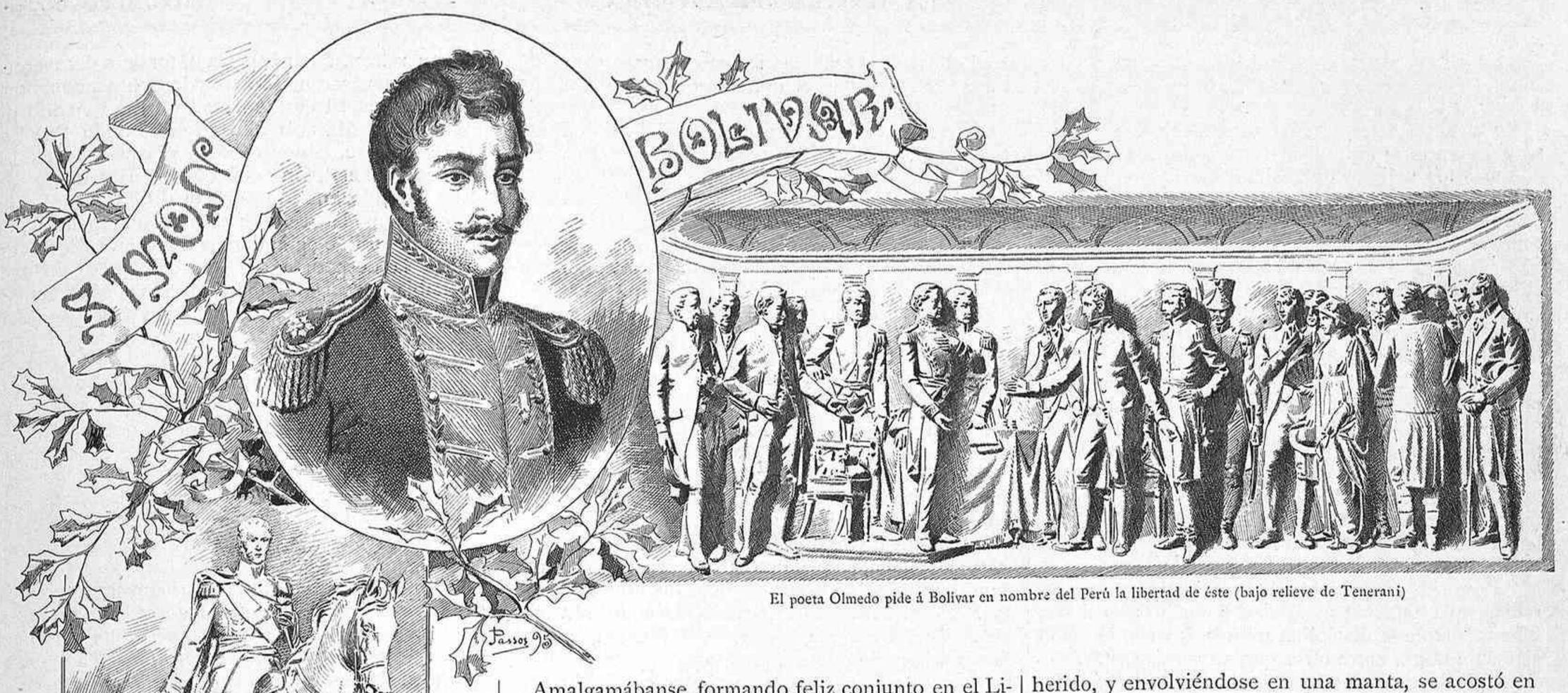
¡Cuán cierto es que el capítulo de defraudaciones cuenta en España más fecha de lo que algunos se figuran; así como que el estudio de la *Gramática parda* ha sido en todo tiempo cultivado á maravilla por nuestro pueblo, de suyo socarrón y maleante!.

Terminemos ya, pues de seguir dando rienda suelta á la pluma con el motivo que aquí nos ocupa, no veríamos tan cercano el fin de esta divertida materia, más importante de lo que muchos creen, aun de aquellos individuos que, por razón de su ocupación ó su clase, se dedican á disquisiciones históricas, hasta el punto de menospreciar ó de ignorar que existen semejantes obras: obras que, en último resultado, son la expresión de la índole y de las costumbres del pueblo á quien se enderezan, dado que el código de las leyes que las constituyen tiende no sólo á la reforma del estado eclesiástico, sino también del secular, proveyendo á las respectivas necesidades del pobre, á la vagancia del gitano, á la enseñanza del ignorante, á la defensa del que se acogía á sagrado huyendo de la Justicia civil, y á cien y cien circunstancias más de que tenía que hacerse cargo la Iglesia, ya que al elemento secular poco ó nada le preocupaba el atajar tantos, tan diversos y tan graves inconvenientes.

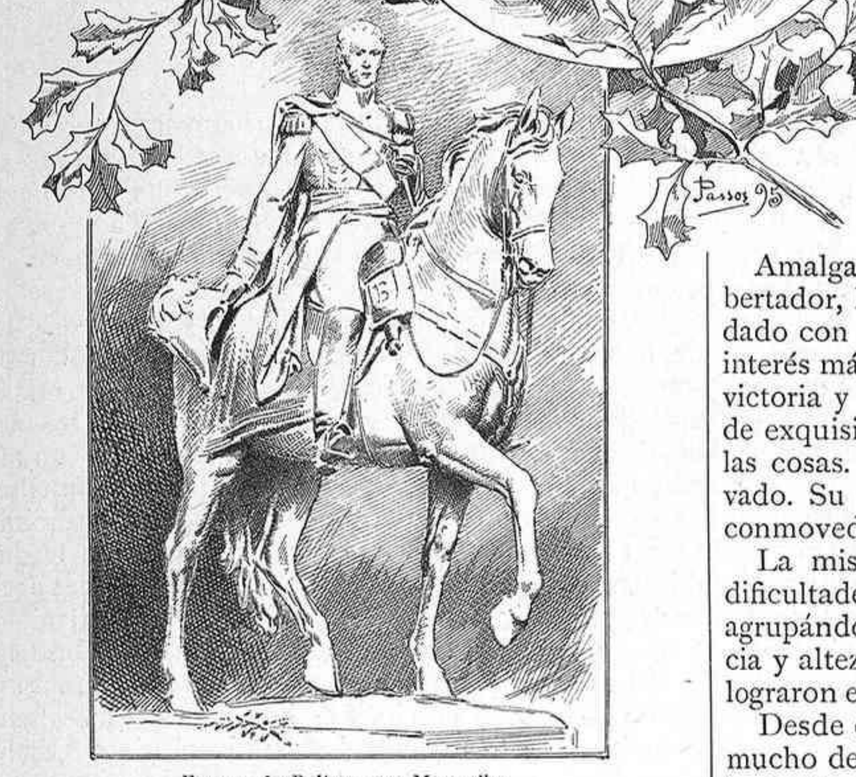
JOSÉ MARÍA SBARBI

(1) Hoy son seis, por haberse concedido el *azul* á favor de la celebridad de la Concepción de Nuestra Señora. Sabido es que los otros cinco son: *encarnado, blanco, morado, verde* y *negro.*

2009 Ministerio de Cultura



El poeta Olmedo pide á Bolivar en nombre del Perú la libertad de éste (bajo relieve de Tenerani)



Estatua de Bolivar para Maracaibo

SEMBLANZA

Tal es el nombre grabado en todo un continente, esculpido con indelebles caracteres en mármoles y en granito, que tiene su altar propio en el corazón de los americanos. Es la figura majestuosa que gana proporciones, y finalizado este siglo en que vivió y extinguidas las generaciones contemporáneas, se elevará más y más en la historia á la par de aquellos inmortales que por la magnitud de sus acciones han tomado á través de centurias y centurias carácter legendario por el poderoso influjo que ejercieron sobre la especie humana.

En Simón Bolívar todo fué grande, atrevido, eterno: encerrábanse en él, no sólo un tesoro de elementos para constituir al héroe, sino también los que resplandecen en el hombre de Estado. El vástago de noble estirpe vizcaína nació legislador y guerrero, adunándose é influyendo las circunstancias singulares para poner cimiento á su pedestal glorioso: la entonces reciente revolución francesa, de notoria trascendencia, que al descubrir ideas nuevas las esparció de pueblo en pueblo, como chispa eléctrica; el estado anormal de la Europa entera; los incomparables alzamientos de sus naciones poderosas, que erguíanse para luchar contra el invasor.

A más, desde niño se desarrollaron en Bolívar las ideas de independencia, merced á los estudios de los clásicos y á los ejemplos de Grecia y Roma: el Monte Sacro presenció su himeneo con la libertad: allí juró morir por la desposada que le imponía su dominio y por el amor que había de ser único en su existencia.

Era el hombre para subyugar con la palabra, imponerse á las multitudes, y ensanchando el horizonte de las ideas, remover la faz de las sociedades. Sus ojos, que giraban en un hueco profundo, eran indefinibles y con frecuencia los inclinaba al suelo como para velar los fulgores eléctricos que lanzaban, la luz vivísima, el vigor imperioso é imponente. La mirada era una revelación de la voluntad soberana, y al tratarse cuestiones de interés patriótico, se encendía asomando á las pupilas la perseverancia, el ardiente impetuoso entusiasmo, nunca desmentido en la carrera de aquel hombre singular, que señala, representa, una nueva era, una época de alta trascendencia para los pueblos del Nuevo Mundo.

Siglo de Bolívar debiera llamarse en América á este décimonono, porque el espíritu del incomparable venezolano, su impulso, encarnó los principios, dándoles forma y vida en una gran parte de este continente, que en justicia llamaríamos colombino.

Amalgamábanse, formando feliz conjunto en el Libertador, los arrojos temerarios y sangre fría del soldado con la elocuente audacia del tribuno, y el desinterés más excesivo, con las ambiciones únicas de la victoria y de los laureles inmortales. Estaba dotado de exquisita penetración para juzgar á los hombres y las cosas. Poseía excepcional viveza y talento cultivado. Su palabra persuadía por su elocuencia y era conmovedora.

La misión que se impuso, erizada de peligros y dificultades, requería los ricos dotes aludidos que, agrupándose con la condición innovadora, la perspicacia y alteza de su imaginación que todo lo abarcaba, lograron el éxito de proyectos al parecer irrealizables.

Desde otro punto de vista había en Simón Bolívar mucho de soñador y de poeta. «Mi delirio en el Chimborazo» revela aquellas condiciones. El criterio para juzgar obras literarias fué siempre exacto y razonado: es indudable que hubiera podido ser un gran escritor.

En una carta á Simón Rodríguez, su maestro, decíale:

«Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló. Usted fué mi piloto, aunque sentado sobre una de las playas de Europa.» Más adelante añade: «Venga usted al Chimborazo. Profane usted con su planta atrevida la escala de los titanes, la corona de la tierra, la almena inexpugnable del Universo Nuevo.»

Viene al caso citar algunos detalles que retratan la extraña individualidad de tan genuina representación en la historia americana.

Conocí mucho y traté en Bogotá á un anciano general, Manuel Antonio López, ayudante que había sido del Libertador. A pesar de sus años, conservaba incólume la memoria y latente el fervoroso entusiasmo por el generalísimo. Adquirí multitud de datos característicos que formaron conjunto con otros recogidos en Lima en mis conversaciones con el escritor venezolano Simón Camacho y Bolívar, que si mal no recuerdo era sobrino del héroe.

El campeón patriota cifraba su mayor goce en las batallas, y las fatigas no hacían mella en su vigorosa naturaleza, como dice un colombiano (1): «El sol de los combates había tostado su cara y sus manos, que parecían de bronce sobre cuerpo de alabastro.»

En el trato social era ameno y amable, propio para animar á todos, y en sus horas de buen humor cautivaba con sus ingeniosos dichos y agudezas. Levantábase siempre con la aurora; recorría á caballo el campamento, prodigando palabras halagadoras para la tropa y capaces de encender su amor propio, valiéndose del profundo estudio que había hecho del corazón humano.

Aparte de esta ventaja, contaba, como César, con el ciego amor de los soldados, porque con ellos soportaba las mayores privaciones, comunicándoles con su ejemplo valor para sufrir y esperanza en el triunfo. Vivía bajo un pie de igualdad, no llevando ni aun distintivo en su uniforme y alimentándose lo mismo que el ejército. Bolívar era muy sobrio y siempre aborreció los licores y el juego.

En todo se demostraba su celo por las tropas. En una ocasión llegó rendido por una marcha penosa á un pobre rancho de indios, donde como alojamiento le ofrecieron la única pieza con techo que allí había, pero sin vacilar la cedió para un soldado gravemente herido, y envolviéndose en una manta, se acostó en la hamaca que siempre llevaba consigo y que le servía para sentarse y despachar órdenes, que dictaba con pasmosa rapidez.

Sería ocioso, por lo extenso, aglomerar hechos en reducido espacio; pero no estará de más consignar que en las iniciativas de la lucha, y aun después, carecía de víveres el ejército y más de una vez la tropa necesitaba buscarse el sustento.

Estando en los Llanos, prohibió Bolívar que se matasen las reses hembras, y contraviniendo sus órdenes mataron una novilla.

El delincuente compareció ante el general.

– ¿No sabes que bajo la pena de cincuenta palos tengo prohibido que se maten las novillas?

– Señor, dijo el soldado, tenía tanta hambre que no pude contenerme.

La gallarda figura del militar interesó á Bolívar y la respuesta le conmovió y le fué sensible.

– ¿Cómo se llama este muchacho?

Le dijeron el nombre, añadiendo que era un valiente.

– Estás perdonado. Anda, y que te den otra novilla.

Bolívar era nervioso, impaciente, impresionable, y dice el doctor francés Roudín, que conoció al grande hombre en Bogotá, que su perfil era vascongado y griego por el corte del rostro, por la pequeñez de la boca y por su nariz corva, pero admirablemente delineada. Tenía la frente muy ancha, levantada en la región de los órganos imaginativos, prominente en las cejas, arqueadas y extensas, y era natural en él cruzar los brazos, tomando actitud escultural.

El espíritu observativo le hacía fijarse en los detalles más insignificantes, y á veces en los principios de la guerra ocurrieron chistosos episodios.

Entre los jefes de estado mayor que constantemente acompañaban al Libertador, había un valeroso inglés, de los muchos extranjeros que se distinguieron entonces en América. Un día, en el momento de sentarse á la mesa, se fijó el general en que la raída casaca del coronel Rook estaba cerrada completamente hasta el cuello, como ocultando la falta de una prenda muy principal.

– Coronel, ¿no tiene usted camisa?

– No, mi general.

– A ver, Palacios, saque usted una de las mías y désela al coronel.

Palacios, por apodo *el Catire*, era mayordomo de Bolívar y le siguió en los días de gloria y en los de amargura hasta su muerte.

– Que le dé una camisa, señor, ¿y cuál? Usted no tiene más que dos, la puesta y otra no muy buena que ahora están lavando.

– Pues esa; mañana veremos.

Tal era á veces la situación precaria del jefe y de su ejército.

El alma entera de aquél, sobreponiéndose á todos los padecimientos, á todas las necesidades, y siendo esclavo del aseo y esmero para su persona, suplía con los baños frecuentes la falta de ropa necesaria.

Aceptaba sin arredrarse los obstáculos, buscando inmediatamente recursos para vencerlos.

En una carta escrita desde Kigston decía:

«Amo la libertad de América más que mi propia gloria, y para conseguirla no he ahorrado sacrificios.»

Animado por un pensamiento, ideal de toda su vida, rechazaba ó destruía lo que amenazase malograr su heroica empresa, y los años de continua lu-

(1) Cuando le vió muerto en Santa Marta.

2009 Ministerio de Cultura

cha no habían abatido su espíritu, antes por el contrario, se conceptuaba más obligado y más dispuesto á coronar la obra.

En una época por extremo tormentosa para el Perú surgió de pronto un nuevo conflicto, que acentuaba aún más los peligros de la situación: la guerra civil.

Dispuesto á luchar contra ella, acudió Bolívar á uno de sus generales predilectos, el filósofo guerrero Antonio Sucre.

– Usted es el hombre de la guerra, le dijo; yo soy el hombre de las dificultades.

He aquí unos párrafos dirigidos á Sucre: «Reina una dislocación de cosas, hombres y principios, que me desconcierta á cada instante; llego á desanimarme á veces. Tan sólo el amor á la patria me vuelve el brío que pierdo al contemplar los obstáculos.»

Escribía Bolívar con facilidad suma, con vehementes frases, con la energía del revolucionario que tiene en activa labor el pensamiento. Sus proclamas, sus leyes y decretos revelan el patriotismo más puro, el tacto y buen sentido, á la vez que el caudal de talento y la superioridad del héroe.

Su espíritu de justicia y la severidad con que corregía toda falta de moralidad y mucho más si esta falta influía en la disciplina militar, los manifiesta el siguiente rasgo, entre otros que se podrían citar.

Hallándose el ejército americano escalonado en 1824 en el departamento de Ancachs, los oficiales del batallón Vargas fueron recibidos una noche en casa de una señora española residente en Huaraz, la cual tenía dos hijas y dos sobrinas casaderas. Bailóse un rato, y una de las jóvenes, indispuesta, hubo de retirarse á su habitación, adonde la siguió poco después un capitán de dicho batallón con propósitos poco nobles. Resistíase la joven al oficial, cuando una mano se apoderó con rapidez de la espada que éste llevaba al cinto y se la hundió en el costado causándole la muerte. Quien así castigaba al hombre que pretendió llevar la deshonra al seno de una familia era la misma madre de la joven ultrajada.

Bolívar tuvo noticia de tamaño desafuero, y en su indignación ordenó, aparte de otras enérgicas medidas, que se diera sepultura al delincuente sin los honores de ordenanza y que el furriel rompiera en presencia de la compañía la espada que la patria le diera para defensa de la libertad y la moral. El Libertador visitó luego á la señora española y le dirigió estas nobles palabras:

«Saludo á la digna matrona con todo el respeto que merece la mujer que en su misma debilidad supo hallar fuerzas para salvar su honra y la honra de los suyos.»

Dignas son de admirarse las hermosas palabras que dirigió á los españoles en una de sus proclamas después de la campaña del Ecuador.

«Soldados españoles: La capitulación que ha terminado vuestros padecimientos, os ofrece dos patrias, Colombia y España. Escoged: si queréis un suelo libre, tranquilo y pródigo, sed colombianos; pero si queréis dejar vuestras cenizas en el sepulcro de vuestros padres, la España es libre y debe ser dichosa.»

Unido el valor militar con la suerte en los combates, y habiendo llegado Bolívar al apogeo de su gloria, claro está que eran inevitables las envidias, y su vida, respetada por las balas, estuvo expuesta más de una vez en criminales asechanzas.

Una de ellas fué en Huamachuco (Perú), donde el bizarro venezolano había establecido su cuartel general y maestranza. Pidiendo colocación en ésta, se presentó un sargento chileno, y sin dificultad se aceptaron sus servicios. Pero dos ó tres días después llegó un mensaje á manos del Libertador, y no bien hubo leído los pocos renglones que contenía, llamó á un ordenanza é hizo buscar al sargento mayor, á quien había protegido dándole trabajo, y mientras departía con él benévolamente y se informaba de los adelantos ó reformas en la maestranza, le observaba con su penetración de soldado, convenciéndose de la identidad con la persona que era denunciada en el mensaje. Habían omitido el nombre, pero enviaban la filiación.

Por último, le dijo:

– Los jefes y oficiales que se unen conmigo y que generalmente corresponden á mis esperanzas, siempre obtienen una colocación digna. Usted irá de comandante de armas á un buen pueblo: acuda al estado mayor á recibir órdenes.

El sargento se retiró confuso, pero no satisfecho, tropezando al salir con el coronel López, ayudante de Bolívar.

– Pocas veces se ve á un asesino mejor retratado.

– ¿Qué dice usted, mi general?

– Ese hombre está pagado para asesinarme. Vea usted el aviso y su filiación. Usted hágase cargo de la maestranza, y que el individuo salga esta noche para su destino, bien vigilado.

De ese modo generoso se libró del asesino, enviándole á larga distancia del cuartel general.

Abrigaba Bolívar la más absoluta confianza en el éxito de la contienda; y á no dudarlo, esta creencia constituía gran parte de la fuerza, prestándole ejemplar actividad á prueba de todos los reveses y hasta de la falta total de recursos. Su idea favorita era:

«Un ejército de hombres libres, valerosos y vencedores no puede encontrar resistencia.»

También proclamaba:

«No es el despotismo militar el que puede hacer la felicidad del pueblo.»

Según el grande hombre: «El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política.»

Por carácter odiaba la anarquía, y en las luchas civiles siempre tuvo empeño en evitarla, sacrificando hasta sus ideales más queridos y separándose del mando cuando éste podía acarrear disturbios.

«No aspiremos á lo imposible, decía, no sea que por elevarnos sobre la región de la libertad descendamos á la región de la tiranía.»

El grande hombre era en ciertas cosas intransigente y severo, y su semblante, generalmente melancólico, adquiría una expresión de firmeza incontrastable cuando se trataba de infracciones á su mandato.

Jamás permitió que nadie se enterase de las cartas confidenciales que recibía, y en una ocasión dijo: «Son sagradas para todo el mundo, porque hay secretos de otros que no se deben confiar.»

La correspondencia particular suya la despachó siempre por sí mismo, y esto aun estando vencido por la enfermedad. Verdad es que en el generalísimo la fuerza moral sobreponíase al mal físico, y sólo así se comprende que en Pativilca, extenuado, cadavérico, perdidas las energías por un grave tabardillo que amenazó su vida, combinara nuevos planes y viera en lontananza nuevas victorias.

Por entonces D. Joaquín Mosquera, ministro plenipotenciario de Colombia en el Perú, acudiendo al llamamiento de Bolívar, interesado en conferenciar con el diplomático, se dirigió á Trujillo; pero al ser sabedor de su enfermedad y de que se hallaba en Pativilca, siguió en su busca.

Profunda sorpresa y amargura sintió Mosquera al verle sentado en pobre silla de baqueta, respaldada por el tosco muro de un huertecillo, donde muy débil todavía é impaciente por la lentitud de la convalecencia, entregábase á forzado reposo corporal, mientras que su cerebro era un remolino de concepciones políticas.

Y la situación no podía ser peor, ni más crítica y aciaga, como tampoco más difícil para encontrar remedio: todo era adverso, funesto, sombrío: ni ejército, ni recursos, ni apoyo, á la vez que completa dislocación en los partidos.

Nunca había tenido Bolívar tan herido su corazón.

El cuadro aterró á Mosquera, y vacilando preguntó:

– ¿Y qué piensa usted hacer ahora?

Levantó los ojos el caudillo, animado por el entusiasmo: el rostro había perdido algo de su palidez, y con tono resuelto contestó:

– ¡Triunfar!

Semejante hombre, incomparable en todo, lo fué por mayor extremo en el infortunio. En sus desprendimientos generosos había rehusado el sueldo de treinta mil pesos asignados por el Congreso colombiano y los cincuenta mil anuales que le señalara el Congreso nacional del Perú, rechazando también la doble oferta de un millón, que la gratitud peruana ofrecía al paladín de su independencia.

Las inmensas riquezas de una gran parte del continente de Colón estuvieron en sus manos y las cuantiosas rentas á su alcance; pero si dió el ejemplo por su intrepidez en la pelea y por sus virtudes cívicas, sorprende al vender su vajilla de plata para costear su último viaje.

Con trabajo logró reunir diez y siete mil pesos, y escribiendo á Venezuela para que activasen un pleito sobre minas de su propiedad, decía: «Por mi parte digo á usted que no necesito nada ó muy poco, acostumbrado como estoy á la vida de soldado. Mas el honor de mi país y el de mi carácter me obligan imperiosamente á presentarme con decoro delante de los demás hombres, mucho más cuando se sabe que he nacido con algunos bienes de fortuna.»

La familia de Bolívar á más de noble fué rica.

Múltiples fueron las amarguras y las decepciones en los últimos años del patriota sin par. Vivía como sobre un volcán. El ánimo y la naturaleza decayeron. Las arrugas surcaron el rostro y la frente meditabunda y espaciosa. El corazón estaba triste y herido de muerte. Santa Marta le albergó moribundo. San Pedro Alejandrino, con sus brisas, suaves y hospitalarias, hizo menos dolorosas las horas de agonía.

El Libertador, nombre que él dijo «era superior á todos los que ha recibido el orgullo humano, y por tanto es imposible agrandarlo,» dictó en su lecho de martirio la despedida á Colombia, que concluye: «Colombianos: mis últimos votos son por la felicidad de la patria: si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.»

Tenía á la sazón cuarenta y siete años.

Los infortunios y la muerte prematura son la cúpula gigantesca de aquella existencia portentosa.

La baronesa de Wilson.

LA PRUEBA

El pintor Francisco María de Champagne, segundo sobrino del noble y muy generoso artista que la casualidad hizo nacer en Bruselas, pero que pertenece verdaderamente á Francia, había venido á estudiar durante algunos meses en la provincia á que debía su nombre.

Habitaba entre Chalons y Epernay, cerca del río de aguas verdes ó de color de pizarra, cuyo curso, sombreado por el ramaje de los sauces, es una maravilla de dulce majestad y de elegancia. Todas las tardes Francisco María regresaba á su domicilio con algún nuevo tesoro de observación, porque aquellos paisajes de la Champaña son verdaderamente admirables. Cuando se miran en las sombras de la tarde, dibújanse con la limpieza, la intensidad y la más acabada perfección de una miniatura en porcelana; mientras que si, por el contrario, les ilumina la luz brillante del sol, aseméjanse en su delicadeza marchita á un fresco de subido precio. Los hombres ofrecían también interesante materia de estudio al pintor. Francisco María sabía representar todo lo pintoresco que tiene, aunque á muchos no lo parezca, la raza de la Champaña, que se distingue por una originalidad extraordinaria, tanto más poderosa cuanto que se ignora visiblemente. Se nota un singular contraste entre sus rasgos indecisos, su actitud incierta y el brillo extraño, casi enfermizo, de sus ojos, donde asoman sin cesar rápidos relámpagos, semejantes á los glóbulos de fuego pálido que suben á la superficie de una copa de vino de Ai. Igual contraste se observa entre las ideas de esa raza y su conducta. Así, por ejemplo, un hombre que parece ser la sabiduría viviente, después de haber glorificado el justo medio, predicando con la mejor buena fe la absoluta moralidad de las costumbres, correrá á la casa de alguna mujercilla, poseído de pasión y de fiebre; mientras que otro, industrial laborioso, exacto, económico, consagra sus noches á rimar cierto poema sobre antropología para hacerle imprimir á sus expensas en lujoso papel Holanda.

«¡He aquí, se dirá, el mejor oficial de ministerio del mundo: exigente para los demás y severo para sí!» Y será mucha verdad; pero esto no impide que aquel modelo de virtudes pase debajo de una mesa de taberna las raras noches que no se queda ante la de un casino.

En esas existencias tiradas á cordel, bien plantadas de vides, de árboles frutales y de legumbres, floridas acá y allá por algunas plantas ordinarias, tan pacíficas y tranquilizadoras á primera vista, siempre hay algún animal oculto que de improviso enseña los dientes.

Todos estos descubrimientos, apuntados con la pluma, el lápiz, el pincel, el buril y generalmente con ayuda de todo lo que graba, ennegrece, ilumina y colora, distraían el alma de Francisco en la felicidad propia de toda energía en ejercicio.

Añadamos que el pintor tenía junto á sí el más hermoso modelo de la Champaña, una linda doncella llamada Francisca María (la casualidad había querido designar con los mismos nombres á los dos jóvenes), que amó desde luego al artista. En Chalons-sur-Marne, cediendo al ruego de su padre, hombre muy rico, había comenzado á pintar el retrato de la hija; muy pronto dijo alguna palabra, hizo un ademán, y esto bastó para que Francisca María se enamorase del pintor, en vista de lo cual el padre dió por terminado el encargo de la pintura.

Francisco María se retiró á la Champaña, y en su soledad vióse un día sorprendido por la joven, que acudió á él en súplica de que continuara el interrumpido retrato.

En la mañana de agosto en que estamos, el retrato

2009 Ministerio de Cultura

2009 Ministerio de Cultura

UNA LECCIÓN DE CATECISMO, cuadro de José Benlliure

se había terminado ya; y por su notable semejanza era, dado el modelo, una verdadera obra maestra de arte puro.

¡Sí, era una obra maestra, en medio de la vasta habitación, aquel gran lienzo, retirado del caballete y apoyado contra un antiguo reloj!

Imagínese una joven de esbelto talle, tan flexible que parece desfallecido por una irritante dejadez; corona la frente un abundante cabello castaño; los párpados parecen expresar una sonrisa indefinible, y sin embargo, la boca, tan fina y delicada, se mantiene grave, casi triste. Bajo el vestido claro, largo de talle, adivínase la juventud que circula y que late, y los labios carmíneos apenas dejan entrever el blanco esmalte de los dientes. Con su mano nerviosa, Francisca María estruja un ramito de claveles de envidiable frescura.

Terminado el retrato, también terminaba el período de absoluta ociosidad que Francisco de Champagne se había impuesto; y ahora, el amor, que naciendo en la una se había alimentado del otro, avanzaba rápidamente á la crisis fatal.

A decir verdad, á pesar de su elegancia y de la gracia de sus sentimientos, la joven no poseía más que una mediana perspicacia.

El pintor la había amado, y esta era su única excusa; pero debió cansarse muy pronto de su frivolidad, de sus celos retrospectivos, de su ignorancia y de sus aficiones poco en armonía con las inclinaciones del artista. Los proyectos futuros que ella acariciaba parecíanle á él tan sólo una senda de espinas; y sus conversaciones concluyeron por no ser ya más que responsos de una adoración fatigada, dictados tan sólo por la costumbre.

¿Se han calculado alguna vez las impaciencias, las cóleras y hasta los odios que el amor tolera sin dejar de ser amor? Francisco luchaba entre la imposibilidad de conservar á la joven y la de separarse de ella. ¿Se negará que esto es tener el corazón desgarrado?..

El pintor tenía junto á sí el más hermoso modelo de la Champaña

Y no se crea que el amor escapa por la herida; yo le conozco, y sé que, muy al contrario, vuelve á entrar por allí con más fuerza que antes.

Desgraciadamente, Francisca María ignoraba esta ley psicológica, porque la psicología no había llegado aún á la Champaña cuando ocurrió esta aventura, habiéndose manifestado apenas en los límites de la Isla de Francia. Hasta el sabio enviado apresuradamente para estudiar su marcha vacilaba en afirmar qué fuese la verdadera psicología.

He aquí por qué después de muchas detenidas meditaciones en que la pura seda de sus párpados se dilató á menudo humedeciéndose de lágrimas, Francisca María quiso hacer una prueba definitiva.

Véase la maquinación ingeniosa que inventó, escribiendo lo siguiente:

«Amigo mío: debéis comprender que el porvenir me espanta. Ahora dudo de vuestro amor, y á vos os sucede lo mismo. ¿No es verdad? Ya no estáis tan seguro como antes. Hemos sido muy felices; pero todo cambia en poco tiempo, cuando en este breve tiempo se pone una eternidad de ternura y de esperanzas. Permitidme no sobrecargar vuestra existencia con un peso que llegaría á ser cada vez más agobiador. Conservad de mí un tierno recuerdo, pues yo os juro que para mí todo concluyó. ¿Me habrán maldecido para que sufra tanto? No tratéis de buscarme. ¡Adios!»

Y firmó: «Francisca María.»

Si en esta carta había algún acento de sinceridad, era preciso que resultase de las preocupaciones ordinarias de la que intentaba la prueba. La mentira más atrevida no lo es nunca más que á medias, y ésta estaba evidentemente tan cerca de lo verdadero como de lo falso. De aquí su elocuencia.

Aquella carta, encerrada en su sobre y dirigida á Francisco de Champagne, fué puesta sobre una mesa, en sitio bien visible, junto al antiguo reloj en que el gran lienzo se apoyaba.

La mesa estaba llena de todas esas frivolidades encantadoras que una mujer y un artista asociados pueden acumular: flores secas del penúltimo paseo, frasquitos de esencia, limosneras de cuero precioso, cuchillos de forma rara, telas antiguas compradas á curas pobres, armas de diversión ó mortales, y entre otras, una diminuta pistola de culata curiosamente esculpida, cuyo cañón jaspeado tenía no sé qué de travesura.

Al fin Francisco María volvió de su expedición artística, y la joven se escondió apresuradamente detrás del retrato.

El pintor entró con ese paso rítmico propio del que se cree estar solo; depositó en un rincón un paquete de croquis, y dejando después su sombrero y su bastón arregló su cabello bañado en sudor. Después, en un espejo que tenía á su alcance se miró con aire distraído, murmurando dos versos que acosaban su mente.

De improviso vió el sobre, y no sin asombro examinóle con mucha atención; después rasgóle bruscamente y leyó.

Su mirada se fijó ante todo en la firma, volviendo después á las primeras líneas: sus labios se oprimían temblorosos, y su mano derecha, después de agitarse un momento en el vacío, crispábase ahora sobre la culata de ébano de la pistola.

¡En su alma no había ya más que desesperación, pero desesperación de orgullo; se le hacía traición sin haberlo sospechado, y por ella! También le desesperaba el aislamiento: ¿qué hacer ahora con todo cuanto tenía á su alrededor? ¿Cómo salir solo de aquel sitio donde había reinado tanta confianza y sucedídose tantas delicias? Su desesperación era de amor, porque en aquella hora el amor laceraba su alma, desgarrada en otro sentido y por otra herida. El artista paseaba á su alrededor una mirada vaga y tenaz.

Era una obra maestra aquel gran lienzo, retirado del caballete y apoyado contra un antiguo reloj

La joven, que le observaba, debía estar contenta y orgullosa de la prueba que había ideado. ¡Suyo era el hombre á quien tanto atormentaba aquella separación!

Pero de improviso, de pie y con aspecto amenazador, Francisco María apuntó su pistola hacia el retrato, que sonreía en medio de la habitación con toda su seductora, victoriosa y pérfida belleza.

—¡Nada más quiero de ti, nada más!, gritó disparando su arma.

La bala atravesó el corazón del retrato.

Y entonces, detrás del lienzo resonó un grito de angustia, seguido de una caída siniestra: con el cabello suelto, el blanco de los ojos azulado y un hilo de sangre que corría de la boca sin color, el modelo tenía también el corazón atravesado por la bala, y el pintor se precipitó hacia Francisca María, exclamando:

—¡No mueras..., oh, no mueras, yo te adoro!.. ¡Juro que te adoro!

Esta vez el juramento era sincero. La prueba había sido completa.

Emilio Hinzelin

AMAR EN VERSO

¡Ay, qué rubia!

Pepe la contemplaba con avidez desde el balcón de su cuarto.

Cada momento que transcurría se sentía más enamorado nuestro poeta. Porque hay que advertir que Pepe era poeta de los que suspiran mucho, y por lo tanto, tenía, además de una imaginación volcánica, un corazón inflamable.

Teniendo tales condiciones, y siendo tan guapa la rubia – porque la rubia era muy guapa, – nadie extrañará que el joven se enamorase.

Rita – ¡vaya un nombre!, decía el poeta – tenía una cara monísima; blanca y rosada, con esos tonos preciosos del nácar fino; el cabello, es de *ene*, como las doradas espigas; y la boca, de labios delgados y de un corte superior, era lo que precisamente entusiasmaba á Pepe. De los ojos nada digamos: oir á aquél hablar de los ojos, era oir una colección de madrigales.

Esto en cuanto á lo físico. Por lo que respecta á *lo moral*, la linda vecina cuidaba flores, mimaba unos jilgueros y hacía competencia á éstos cantando de una manera muy delicada.

La muchacha, después de regar las plantas y poner al sol sus *pipís*, se sentaba cerca de la ventana, y cose que te coserás.

Pepe puso sitio á la plaza: desde su balcón, situado frente al de la niña, se pasaba las horas lanzando miradas incendiarias. Esto duró muchos días sin que la cosa tomase otro rumbo.

Poco después, ambos jóvenes comenzaron á saludarse.

Él no descansaba ni dormía, pensando siempre en ella. Compró un libro en blanco, con pasta muy bonita, y con su más hermosa letra escribió en la primera página: *Mis amores*.

2009 Ministerio de Cultura

Y en la segunda una poesía *A ella;* y en la tercera un soneto *A sus ojos;* y en la cuarta una décima, *Sus labios;* y así sucesivamente, hasta que en la página treinta, no teniendo ya más perfecciones visibles que cantar, dedicó unas seguidillas *A los jilgueros.*

Aquella cabeza era una fábrica de versos al segundo: todas las noches vaciaba Pepe su cerebro henchido de hipérboles, de imágenes. El cuaderno tocaba á su fin.

Una tarde llegó Pepe á casa muy contento. La había acompañado unos treinta pasos: se declarara... con los ojos; le había dicho *soy poeta,* y ella le pidiera unos versos para mandarle á una tía suya, llamada Robustiana y habitante en el país de los pimientos morrones, en Calahorra.

¡Mañana me declaro!, exclamó el enamorado vate. Pero no, añadió después de un momento de vacilación: es muy pronto.

Y deliberando seriamente, decidió publicar en *El Trovador,* semanario de ciencias, artes y literatura al por menor, una declaración, en versos de arte mayor, *A Rita.*

Así fué. En el número inmediato del citado semanario de ciencias, etc., en medio de una docena de producciones literarias que trascendían á sabañones y mitones de estambre verde, aparecieron los versos de Pepe, que cuidó de mandar un ejemplar á la vecina.

–¡Ahora me dará alguna respuesta!, pensó él.

Mas no fué así: Rita continuó saliendo al balcón, con la diferencia de que al anochecer se estaba asomada como una hora: le saludaba muy amable... y pare usted de contar.

En vista de esto, Pepe tomó una resolución: escribió un soneto más. En él lamentaba la indiferencia de ella, y concluía pidiéndole que se apiadara de su amor.

Para arrojar al balcón de su vecina la cuartilla, envolvió en ella un cabo de vela, y ¡zas!, el pequeño bulto cayó entre las macetas.

El poeta esperó intranquilo la luz de la mañana. Lució ésta, transcurrieron algunas horas, Rita abrió el balcón, cogió el misterioso envoltorio; pero ¡oh desdicha!, por la noche había llovido á cántaros y, por consecuencia, lo arrojó á la calle.

¡Adiós, inspirado producto del numen del poeta!

– Mal agüero, dijo éste casi descorazonado.

Y cuando por la noche volvió á casa, encontró á la rubia ideal, á la musa de sus cantares, á la visión de sus ensueños, en amable conversación con un teniente de caballería.

MONUMENTO ERIGIDO Á LA MEMORIA DE MEISSONIER EN POISSY, obra de Fremiet

¡Y oyó que se tuteaban!

¡Aprieta!

Pepe entró en su casa aturdido. El cielo de sus esperanzas se había venido abajo.

Ya en su habitación, se sentó á la mesa.

Vió sobre ésta el confidente de su pasión, su libro de versos, y el furor del despecho le acometió: abrió las vidrieras del balcón, y *Sus amores* se estrellaron contra el balcón de su vecina.

Se oyó el ruido de los cristales que caían rotos á la calle, y uno que pasaba dijo:

– Fué de ahí enfrente.

Y la encantadora voz de la rubia dijo también:

– ¡Jesús, qué bruto!

Es fama que Pepe jamás, desde entonces, ha hecho el amor en verso.

AURELIANO J. PEREIRA

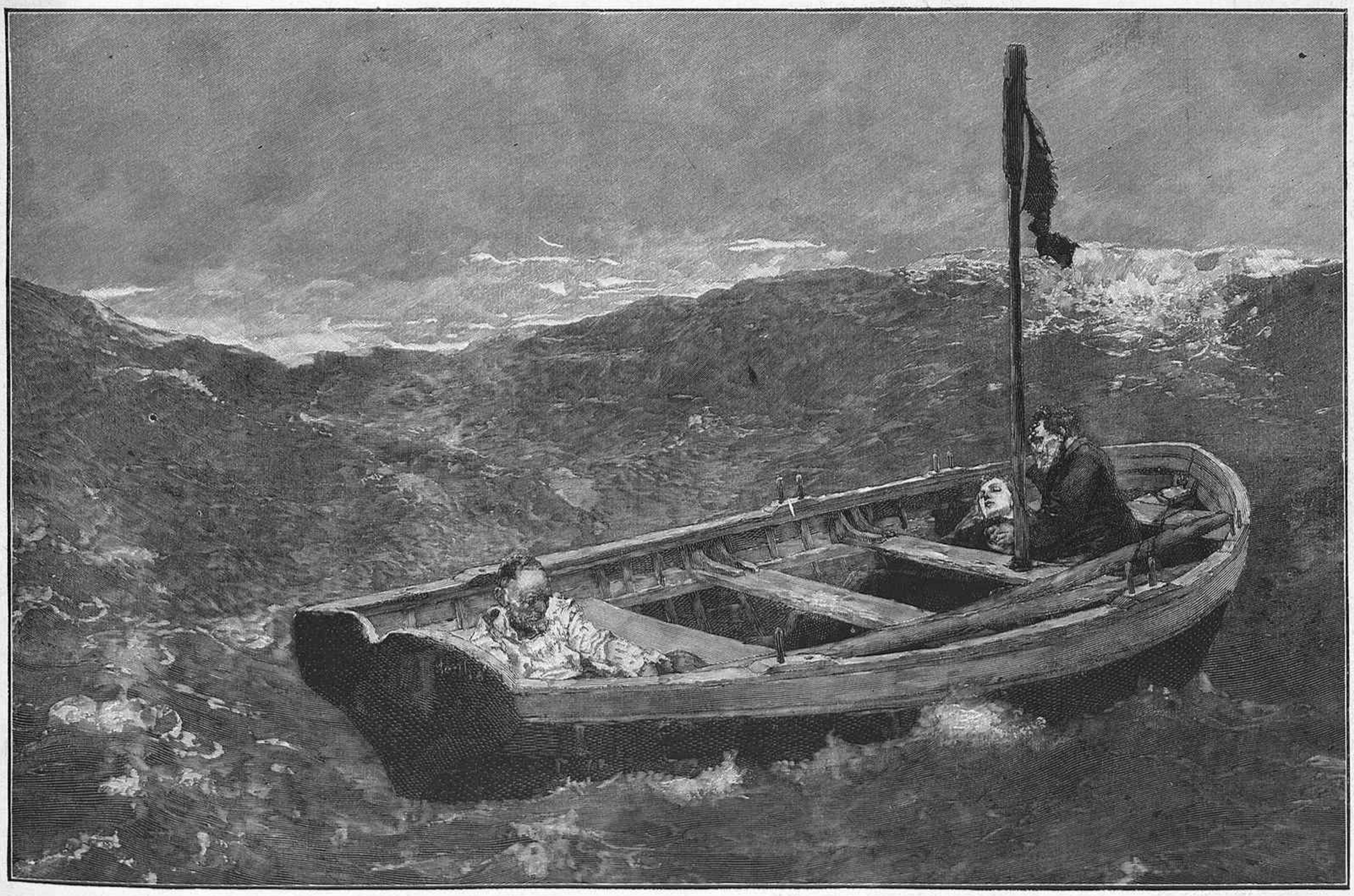
NUESTROS GRABADOS

Boulevard, cuadro de Francisco Miralles (Salón Parés). – Los *boulevards* de la capital de la vecina república son el punto de reunión de sus habitantes, las verdaderas arterias, que del centro distribuyen los torrentes de la actividad á todo el resto de la población. En ellos hállanse magníficos establecimientos, dedicados á todas las industrias, suntuosos palacios y elegantes cafés, lugares de cita de los hombres de negocios y de los desocupados. Uno de estos centros de la gran capital francesa ha servido al distinguido pintor Sr. Miralles para producir el bello cuadro que reproducimos, interpretado con singular acierto, al igual que las figuras que dan vida é interés á la composición.

Conocidas son las aptitudes del discreto pintor catalán y el buen gusto que descuella en sus obras de género, nota característica en esta clase de pintura, á cuyo cultivo se ha dedicado especialmente. *Boulevard* figura en la ya numerosa serie de sus producciones de carácter parisiense, recomendándose como todas las que produce su elegante paleta.

La lección de catecismo, cuadro de José Benlliure. – El afamado pintor valenciano, ya lo hemos dicho varias veces, cultiva con igual éxito los más distintos géneros, creando en todos ellos verdaderas joyas, según pueden ver los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA con sólo repasar nuestro periódico. Parece imposible que el autor de *La visión del Coloseo* sea el mismo que ha trazado *La lección de catecismo:* en aquel cuadro todo es grandioso y la imaginación ha podido desplegar en él libremente sus alas; en éste admíranse la sencillez y el talento de observación, que se ha ceñido á trasladar al lienzo una escena de la vida real maravillosamente sorprendida por el artista. La obra de Benlliure, que hoy reproducimos, figuró en una de las últimas exposiciones celebradas en Berlín, y de ella dijeron los más eminentes críticos berlineses que era una de las perlas de la sección española de aquel certamen.

Monumento á Meissonier, obra de Fremiet. – Este monumento fué expuesto en el Salón de París del año pasado, en donde llamó la atención principalmente por su sencillez. Meissonier está representado de pie en una de las actitudes que le eran familiares: con la paleta en una mano y el pincel en la otra, su mirada parece escudriñar la naturaleza que se propone reproducir. En el zócalo que sostiene la estatua está esculpido el gran cordón de la Legión de Honor con la cruz: Meissonier ha sido el único pintor que ha gozado de tan alta



Los tres últimos, cuadro de Leipold

2009 Ministerio de Cultura

PENSATIVA, cuadro de José M.ª Tamburini (Salón Parés)

2009 Ministerio de Cultura

2009 Ministerio de Cultura

EL ORTIGUERO, cuadro de Dionisio Baixeras (Salón Parés)

Recuerdos, cuadro de Manuel Villegas Brieva

distinción. La ciudad de Poissy, que ha elevado este monumento á la gloria del eximio artista que tanto cariño profesaba á aquella linda población, merece entusiastas plácemes de cuantos por el arte se interesan.

Los tres últimos, cuadro de Leipold. – No puede darse mayor sobriedad que la que este cuadro nos ofrece, y sin embargo, ¡cuán profunda impresión nos produce! Esos tres pobres náufragos, últimos restos del buque que el mar ha sepultado, refugiados en débil y desmantelada embarcación, extenuados por el cansancio y por el hambre, que ya parecen haber acabado con la existencia de uno de ellos, abatidos por el mayor de los dolores, por la pérdida de toda esperanza, insensibles al peligro que de continuo les amenaza, ni siquiera tratan ya de luchar con las embravecidas olas. Este completo abandono, más terrible que la lucha más desesperada, constituye una de esas notas trágicas que causan emoción intensísima: el celebre pintor alemán Leipold ha sabido interpretarla con sin igual maestría, aumentando el efecto de la terrible escena con las sombrías tintas del mar y del cielo.

Pensativa, cuadro de José María Tamburini (Salón Parés). – Rasgo distintivo de las producciones del conocido pintor Sr. Tamburini es la sencillez del asunto por él elegido, avalorado por el sentimiento y la simpática gama de su paleta. Muestra de ello es la preciosa niña, en cuya actitud y tranquila mirada adivínase el dominio que en ella ejerce el pensamiento que la domina, el poético recuerdo de su lejano país, el tierno cariño de sus padres, ó bien la realidad de su situación, penosa y difícil tal vez, y siempre muy superior al esfuerzo de sus pocos años y á las ideas que pueden germinar en su infantil cerebro.

La actitud, el colorido, el dibujo, la suave y delicada entonación, todo contribuye á hacer agradable y simpática la composición, impregnada de poesía, delicada y sentida como todas las de nuestro amigo, en el que se hallan armónicamente unidas las cualidades del artista y la habilidad del pintor.

El ortiguero, cuadro de Dionisio Baixeras (Salón Parés). – Nota felicísima, sentidamente comprendida é interpretada es el precioso paisaje de Dionisio Baixeras, en el que sólo descuella la figura de un campesino conduciendo un haz de ortigas. Tiene algo que recuerda la poesía y la plácida calma en las obras de Millet. Al fijarse en el lienzo, siéntese el poderoso dominio de la obsesión y parece como si el observador se hallase situado en la cima de una montaña de la cordillera pirenaica, saturados sus pulmones por balsámica atmósfera y aislado, sin percibir sonidos, alcanzando á comprender la inmensidad.

El nuevo cuadro de Baixeras debe estimarse como una de sus más capitalísimas obras, inteligentemente ejecutada y comprendida, merecedora del aplauso de los inteligentes y de todos aquellos para quienes una producción de este género ha de considerarse como indubitable muestra del genuino arte catalán.

Recuerdos, cuadro de Manuel Villegas Brieva. – Los desengaños, las decepciones, la irreparable pérdida de seres queridos, dejan en nuestro corazón indeleble huella, que si bien se borra paulatinamente por efecto del transcurso de los años, su solo recuerdo evoca el vacío que nos produjo y aviva el dolor. Tal vez el alma pura y delicada de la joven religiosa sufrió rudo golpe, concibiendo en el paroxismo del sentimiento la idea de consagrarse por completo á quien sólo guarda para la humanidad ternura infinita é inmensa misericordia. En la soledad del claustro y en su nueva y contemplativa existencia alcanzó la tranquila calma apetecida; pero, por desgracia, no pueden arrancarse del corazón determinadas impresiones, y ellas conmueven, de vez en cuando, el corazón de la joven.

Tal es el asunto en que se ha inspirado el discreto pintor Sr. Villegas Brieva, de quien nos cupo la satisfacción de publicar recientemente su notable lienzo titulado «La guerra.»

La princesa Elena de Orleans y el duque de Aosta. – El hijo del difunto rey de España Amadeo I ha pedido oficialmente á la condesa de París la mano de su hija la princesa Elena. Esta es una joven rubia, de dulce mirada y de facciones de líneas purísimas: cuenta veinticinco años y es hermana segunda del duque de Orleans. El príncipe Manuel Filiberto de Saboya, duque de Aosta, nació en 1869: es de elegante figura, y su carácter expansivo le ha hecho muy popular en Italia; en la actualidad manda el quinto regimiento de artillería de guarnición en Venari-Reale, pequeña villa situada á corta distancia de Turín.

Un mal paso, cuadro de José Cusachs (Salón Parés). – *Un mal paso* ha servido de asunto al distinguido pintor militar D. José Cusachs para representar con singular acierto la situación, si no difícil, un tanto embarazosa de algunos caballeros y elegantes amazonas, y con serlo realmente resulta un buen paso dado por el discreto artista en un género de pintura que hoy cuenta con tantos aficionados.

Acertado ha estado el Sr. Cusachs, habiendo puesto de relieve una vez más su maestría en la representación de los caballos, á cuyo estudio se ha dedicado con singular asiduidad y aprovechamiento.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – GRANADA. – Nuestro colega *El Defensor de Granada* ha inaugurado en el punto más céntrico de aquella ciudad un Salón de Bellas Artes, cuya apertura responde á la necesidad de propaganda para las obras artísticas que en aquella culta población andaluza se sentía y á la conveniencia de establecer un punto de contacto entre los artistas y los aficionados. El éxito más completo ha coronado tan laudable empresa, pues en los dos primeros meses de abierto el Salón llévanse vendidas en él unas cuarenta obras. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA felicita á *El Defensor de Granada* y á su ilustrado director D. Luis Seco de Lucena por la realización de una idea que ha de redundar en beneficio del arte en general y de los artistas españoles y del público granadino en particular.

Necrología. – Han fallecido:

Benjamín Godard, notable compositor francés, autor de bellísimas obras musicales, como *Jocelyn* y *Dante* y otras piezas de concierto que se han hecho populares: deja inédita una ópera, *La Vivandiere*.

Burtón Barber, notable pintor de animales inglés.

Guillermo J. Martens, retratista y pintor de historia holandés.

LA PRINCESA ELENA DE ORLEANS,
hija de la condesa de París y prometida del duque de Aosta

Juan Portaels, pintor de historia belga, director de la Academia de Bellas Artes de Bruselas.

Armando Dumaresq, notable pintor francés que cultivó primero el género religioso y luego los asuntos militares y el retrato.

Fridolin Becker, pintor holandés, director de la Academia de Bellas Artes de El Haya.

EL PRÍNCIPE MANUEL FILIBERTO DE SABOYA,
duque de Aosta

Enrique Rawlinson, arqueólogo inglés, célebre por sus descubrimientos de inscripciones cuneiformes asirio-babilónicas de las ruinas de Nínive y Babilonia y por su notable obra *Las inscripciones cuneiformes del Asia Occidental.*

F. Filippini, pintor italiano muy conocido por sus hermosos paisajes alpinos.

2009 Ministerio de Cultura

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

– ¡Buenos días, muchacho! Siempre intrépido, según veo. ¿Y has subido hasta allí por nada, solamente por el gusto de romperte la cabeza? ¡Te felicito!

El padre Bordes

– Quería explorar el pico de Ossau, repuso Silverio con cierta confusión. No es tan malo como se supone.

– No estoy nada contento de ti, dijo el *turista*, porque te he escrito á Gargos hace unos quince días, y no te has tomado la molestia de contestarme.

– No he recibido la carta, contestó Silverio, porque salí de mi pueblo el 9 de junio. Lo siento en el alma.

– Yo también. Te escribí para pedirte un servicio.

– ¿No podría prestárselo á usted ya?

– Ahora veremos. ¿Estás libre para todo el resto de la estación?

– Sí, señor.

– ¿Podrías acompañarme con tu mulo hasta el mes de septiembre?

– Con mucho gusto.

– Pues bien: irás esta noche al hotel de Francia en Eaux-Bonnes y hablaremos.

Silverio no dejó de presentarse, y quedó contratado inmediatamente hasta el 15 de septiembre en excelentes condiciones. Tratábase de conducir al señor de Linville y á dos de sus amigos á las simas más reputadas de la cordillera, y deberían detenerse sucesivamente en Eaux-Bonnes, Cauterets, Gavarnie, Bariges y Luchón.

Silverio se alegró mucho; así tendría dos largos meses de distracciones, durante los cuales no le sería posible ir á Gargos. ¿No puede el corazón curarse en dos meses de un mal contraído en dos días?

– ¡El mío se curará, pensó Silverio; olvidará poco á poco sus penas ante los picos, los glaciares y los torrentes, y Jacobita olvidará también sin duda, volviendo así los dos á ser felices!

Las ascensiones dieron principio al día siguiente; Silverio comenzó por la Peña de Oroel; tres días después condujo á los *turistas* á la cima de Arrieu Grande, y luego franqueó con ellos el escarpado Balaitous.

Quiso embriagarse en la vista de los paisajes, admirar los picos áridos, los glaciares agrietados, los abismos vertiginosos y las lontananzas azuladas; pero no encontró en esas visiones las puras alegrías de otro tiempo. En vano elevaban las más soberbias montañas, bajo el sol del Mediodía, sus cimas grandiosas ó sus picos más fantásticos; en vano sus faldas fabulosas se alineaban bajo las miradas como una cabalgata de gigantes derrotados; todos aquellos horrores y aquellas gracias aumentaban más la melancolía en el alma del montañés.

– ¡Oh, exclamaba á cada hora del día, si Jacobita hubiera visto eso!

No pensaba más que en ella; imaginábase la felicidad de que hubieran podido disfrutar contemplando aquellas cosas, y su imaginación deliraba. ¡Las crestas orladas de nieve, los precipicios profundos, los rayos del sol iluminando las nubes, el rumor de las aguas saltando en los glaciares!.. ¡Oh! ¡Los picos vagos y lejanos, surgiendo de entre vapores como castillos aéreos y fantásticos, las torres ruinosas, las cúpulas colosales y los anfiteatros medio derrumbados, con sus gradas ruinosas alineadas bajo el sereno cielo! ¡Oh, maravillas siempre nuevas, fuentes de exaltaciones infinitas! ¿No volverá Silverio á mostrárselas jamás á Jacobita?

Cada vez que llegaba á la cima de un monte, el guía miraba hacia Gargos, y sus pensamientos iban á buscar allí á la antigua amiga, arrebatábanla, la conducían por encima de todas las montañas intermedias, y Silverio podía entonces estrecharla en sus brazos; á ella, y no á sus clientes, era á quien enseñaba aquellos sitios, y solamente por ella mostrábase expansivo y alegre.

– Tenga usted ciudado, Jacobita, decía mentalmente en los pasos difíciles; déme la mano aquí..., espéreme allá... ¡Desgraciada, no se incline usted tanto!.. ¡Ah! Para franquear esa grieta, cójase bien á mí... Ahora podrá usted correr en ese prado á su gusto..., y si lo quiere así, correremos juntos.

Y el guía comenzaba á correr de veras, como si Jacobita le hubiera acompañado verdaderamente.

¡Qué tratamiento tan desastroso para curar un mal de amor! En vez de cicatrizarse la herida de su corazón, hacíase más profunda; y Silverio enflaquecía, soñando continuamente en su pueblo. Cuando estuvo en Cauterets se consideró el más desgraciado de los hombres: bastábale escalar la negra montaña de Peyraute para ver las estribaciones de Gargos.

Cierta noche, no pudiendo resistir más, partió solo, corrió hacia la montaña natal y ganó una escarpadura desde donde se veía Aigues-Vives. Entonces diviso unos puntos amarillos en el fondo de una especie de embudo sombrío: ¡allí era; allí dormía Jacobita, cerca de aquellas luces, si su tutor no la había conducido otra vez al convento! ¡Sí, allí era!.. Embozado en su capote, se echó sobre la escarpadura y lloró hasta el alba, respirando el aire de su país.

Sucesivamente franqueó el pico de Ardiden, el Vignemale, el Cilindro del Marboré, el Monte Perdido y las cimas de Troumouse; pero desde todas estas cumbres veíanse las montañas de Aigues-Vives, y la nostalgia de Silverio se acrecentó.

– ¡No echo tanto de menos á Jacobita como á mi país, la Coronada, los tres picos de Billedenou, el Montmirailh y el Erizo, decíase para consolarse, y sobre todo la gruta donde he vivido! ¡Oh! ¿Cuándo podré ver otra vez todo eso?

Y trataba de orar para pedir á Dios que Jacobita se casase pronto; pero sus labios enmudecían, y decíase luego:

– ¡No; prefiero abandonar el país para siempre! ¿Podría yo vivir si supiese que se había casado?

El 10 de septiembre, después de haber dedicado tres semanas á las montañas de Oo, á los Posets y al grupo de los Montes Malditos, Silverio se despidió del Sr. de Linville y pasó un día en Luchón.

El montañés estaba muy cambiado, y parecía haber envejecido diez años. Aquel día el tiempo era delicioso en el valle; Silverio fué á sentarse en un banco próximo al establecimiento termal, y dejó á su lado un sitio libre, el mejor, porque estaba cubierto de sombra, para que pudiera colocarse allí la Jacobita ideal que le acompañaba hacía dos meses y medio en todas sus excursiones.

Aquel día se complació en representársela vestida de azul, como lo estaba realmente el día en que la condujo al Gargos, é imaginóse que le refería toda especie de cosas dulces, como las que decían allá abajo los mozos del pueblo, á la sombra de los grandes árboles del paseo, á las jóvenes que tenían á su lado.

– ¡Oh, Jacobita, mire usted esa hermosa nube que se ha situado allá sobre el puerto de Venasque! ¿Pues y los pinabetes de Superbagneres? ¡Ah! No son tan vigorosos como los del bosque de Ribenac; pero los tilos tienen un aspecto encantador en las alamedas de Etigny. ¿No le parece á usted?

2009 Ministerio de Cultura

Así conversaba mentalmente con su prometida de la primavera anterior, y los curiosos que pasaban por delante de él detenían se á veces para verle sonreir solo en su banco, como un niño que recuerda algún cuento agradable.

—¡Oh, Jacobita, continuó, cómo se parece á usted esa señorita que llega por allí!.. ¿No es verdad?.. ¡Sí, sí, tiene el mismo talle de usted, las mismas facciones é igual manera de andar! ¡Oh, es sorprendente! Y da el brazo á un joven, y va acompañada de un sacerdote, sí, un sacerdote bastante grueso, y un...

Pero el guía se interrumpió en su sueño, levantóse y palideció. ¡La señorita que llegaba era la misma Jacobita; era la señorita Marcadieu, seguida del padre Bordes y de Roumigas! Mas ¡ay!, iba cogida del brazo de Gastón.

Ante aquel espectáculo, Silverio se sintió sobrecogido de un vértigo, alejóse lentamente, fué á ocultarse detrás de un árbol, y con los ojos turbados vió pasar á su antigua amiga.

Aquella visión inesperada le trastornó; permaneció inmóvil durante algunos minutos, y parecióle que su corazón se hacía pedazos por efecto de la conmoción.

—¡Es Jacobita, es Jacobita!, murmuraban sus labios pálidos. ¡Está casada!

Y la miró largo tiempo, mientras que la joven se perdía á lo lejos entre la multitud de paseantes; después alejóse en opuesta dirección á través de la ruidosa muchedumbre, sin ver ni oir nada y con el aire inconsciente del sonámbulo.

—¡Está casada!, repetíase á intervalos, con el alma sobrecogida de estupor.

Continuando su paseo automático, muy pronto llegó á la cuadra donde se hallaba alojado *Morrudo*, y entonces pudo llorar al fin, al ver cómo había enflaquecido el pobre cuadrúpedo, el antiguo compañero de su tristeza.

—¡Oh, *Morrudo!*, exclamó. ¿Te acuerdas de aquel tiempo en que ella te traía rábanos?

Puso el aparejo á su montura, pagó el gasto y salió de Luchón. El mulo trotó libremente, sin que su amo le indicara el camino que debía seguir; y en cuanto á Silverio, jamás había estado tan abatido.

—¡He aquí cómo suceden las cosas, se decía; Jacobita es de otro y ha podido olvidarme!

Y ante esta idea, todo su ser se rebelaba; maldecía á la ingrata, recordaba sus juramentos en la gruta, y dirigíale las más amargas quejas á media voz, en la soledad por donde *Morrudo* le conducía. Después, un reflejo de buen sentido iluminaba su cerebro, y entonces reprendíase á sí mismo y pedía perdón á Jacobita.

—¡No ha hecho más que lo que yo he querido!, pensaba. ¿Por qué me había de ser fiel después de jurarla yo que no la amaba? ¡Merezco mi desgracia, y solamente yo soy la causa de ella!

El sol se ocultaba ya detrás de las montañas, y el mulo seguía trotando. Silverio contempló el paisaje que se extendía á su alrededor, y pudo reconocer el torrente del One, que mugía á su derecha.

—¡Buen *Morrudo!*, exclamó, ya veo que quieres regresar á Gargos.

Aquel camino conducía, en efecto, á Aigues-Vives, por el desfiladero de Peyresonde, el Tourmalet y Baréges; pero era necesario recorrer 80 kilómetros.

—¡Vaya, volvámonos á nuestro país!, dijo Silverio á la montura. Puesto que Jacobita está en Luchón con su esposo, nada debemos temer ya. ¡Sí, volvamos á Gargos para continuar los dos la vida de otro tiempo! Tü encontrarás la hierba de tu prado, y yo seguiré construyendo ruecas. ¡Ah, pobre amigo mío! ¿Por qué nos arrojaron piedras una tarde de primavera? ¡Nada hubiera sucedido si el guijarro lanzado por la mano de una joven se hubiese desviado cinco centímetros á la izquierda ó á la derecha! ¡He aquí de qué cosas tan frívolas depende la felicidad de un hombre!

No pudiendo evocar ya la imagen de Jacobita, ni asistiéndole tampoco el derecho de llevarla á su lado, en sus sueños infantiles, forzoso le era desahogar su dolor con el digno *Morrudo*. El cuadrúpedo le escuchó con paciencia en todo el camino, y durante los diez primeros kilómetros, el nombre de Jacobita resonó muchas veces en sus largas orejas; después llegó la noche, las confidencias fueron más raras y los suspiros menos agitados.

Nada hay estable en este mundo, ni siquiera el dolor, y cualquiera que sea la inmensidad de nuestro infortunio, somos incapaces de llorar durante tres horas consecutivas.

El día 12 de septiembre, cuando llegó al risueño burgo de Aigues-Vives, Silverio experimentó ciertamente mucha tristeza; pero no tanta como aquella tarde de junio en que le abandonó. La llaga de su corazón no era ya viva; antes se hallaba entregado á la desesperación, y ahora resignábase con su suerte.

Morrudo franqueó muy contento la cuesta de Gargos, y Silverio no vió ya ninguna señal de la sangre de Laroque en el último sendero. Los pinabetes murmuraban sordamente su melancólica canción de cada día; las cumbres de los alrededores tenían menos nieve, las pequeñas cascadas eran muy reducidas y las montañas, tan olvidadizas como los hombres, parecían haber perdido los recuerdos de la primavera anterior.

El guía llegó al caserío y llamó á la puerta de la primera casa. Abrióla Emilio Montguillem, y los dos hermanos se abrazaron al verse. ¡Qué flaco estaba, y qué encorvado el pobre tísico! ¡Apenas podía tenerse en pie, él, que había creído curarse al matar á Laroque!

Silverio hizo un movimiento de sorpresa.

—Sí, sí, dijo Emilio, los calores me han aniquilado, pues hemos tenido aquí una temperatura insoportable; mas ahora estoy mejor, y creo que podré volver á trabajar á fines del otoño.

Emilio confiaba siempre en las palabras de Roumigas, y como su enemigo había muerto, imaginábase que él podía vivir.

Pero ninguno de los dos hermanos hizo la menor alusión á *esto*, al negro recuerdo que debía poner una sombra entre ellos hasta que sus pensamientos se extinguieran; y Silverio se limitó á preguntar por su padre, Francisco Montguillem. ¿Dónde estaba? ¿Había encontrado buenos pastos? ¿A qué precio? ¿Prosperaba el rebaño? ¿Debía marchar pronto á la llanura?

—Nuestro padre tiene ahora los carneros en la montaña de Praderes, contestó Emilio, y ha encontrado excelentes pastos con buenas condiciones. Todas las noches viene aquí á las nueve. Se han perdido cinco ovejas, tres que murieron y dos que se extraviaron, y hemos vendido veintiocho cabezas al carnicero de Aigues-Vives. En cuanto á la marcha á Pantacq, no se efectuará hasta fines de septiembre.

Después Emilio refirió diversos incidentes ocurridos en Gargos: Artiguenabe tenía otro niño; Poutonne la Barbuda había muerto; Beltrán Cojola seguía lo mismo, y el cartero Cambielle se había casado.

Durante este relato, el guía bajaba la cabeza, esperando á cada momento oir pronunciar el nombre de la señorita Marcadieu; pero el enfermo no habló de ella.

Entonces, después de coger la llave de su gruta, pendiente de un clavo, el montañés continuó su marcha hacia el presbiterio, la iglesia y la cascada. Al pasar por delante del primero, contemplóle con mirada tímida, y vió que todos los postigos estaban cerrados. En cuanto á la iglesia, no había recibido ningún golpe del Gargos desde la primavera, y su boquete en la capilla lateral se hallaba en el mismo estado. Por lo que hace á la cascada, no la divisó al pronto, y solamente pudo ver una alta barrera de tablas pintadas de verde, que cerraban un espacio de terreno á la derecha, cerca del barranco de los aludes. En un lado de esta barrera había una puerta, en cuya parte superior leíase lo siguiente en un rótulo.

PARA VER LA MAGNÍFICA CASCADA
LA CABELLERA DE MAGDALENA
PREGUNTAR AQUÍ

Era el antiguo rótulo del presbiterio: el padre Bordes no había hecho más que cambiarlo de sitio.

Silverio examinó los alrededores; tenía el corazón oprimido, y temía interrogar á las personas y acercarse á las cosas; pero empujó la puerta del rótulo y se adelantó, seguido de su mulo.

—¡Eh, dispense usted, los animales no entran!, gritó una voz enérgica.

Y en el mismo instante presentóse Poupotte, la criada del padre Bordes, junto á una especie de kiosco pintado de verde como la barrera; pero levantó los brazos al reconocer al visitante.

—¡Santos ángeles!, exclamó. ¿Eres tú, Silverio? ¡Entra, pues! Ya puedes acercar tu mulo, pues Toutón barrerá los senderos otra vez. ¿Y qué tal? ¡Cáspita, no has engordado! ¿Y qué hay de nuevo?

—Poca cosa, Poupotte. ¿Y qué pasa por aquí?

—¡Bah, nada de extraordinario tampoco! Los extranjeros se van, y ya no haremos gran cosa este año.

—¿Han sido muchos los ingresos?

—¡Así así!.. Nos faltan árboles, pues la cascada se ve demasiado desde la orilla del camino. Cuando las hayas que se plantaron allí abajo hayan crecido, los que quieran ver algo no tendrán más remedio que entrar... ¡Eh, santos ángeles, mira que tu mulo estropea nuestro prado!

Silverio fué á retirar de allí á *Morrudo*, que cometía el error de querer tomar posesión de su prado, y una vez tranquilizada Poupotte, siguió charlando delante de su kiosco.

—Y hablando de otra cosa, dijo, ¿vienes á presenciar la boda?

El guía se estremeció.

—¡Aún no está casada!, pensó. Me había precipitado. ¡Oh! ¡Cuán grata es para mí esta noticia!

Y una sonrisa iluminó su rostro.

—¡Hola! Parece que esto te hace impresión, continuó Poupotte; pero también es muy natural. ¡No he olvidado que eras el preferido hace tres meses; y á decir verdad, la señorita experimentaba cierta inclinación por ti, picarón!.. ¡Sí, sí!.. Has de saber que Poupotte no tiene los ojos en el bolsillo; pero ¿qué quieres hacerle? Difícil es luchar con un caballero tan encopetado como el hijo de Roumigas. La boda se debe celebrar en octubre, y yo espero que te invitarán. El padre Bordes hará que venga un personaje de Tolosa; tendremos aquí á Monseñor... Y ahora que pienso, ¿no los has encontrado en las montañas?

—¿A quién, Poupotte?

—¡A los novios! Hace ya días que están en Luchón. ¡Ah! El señor no ha dejado de aprovechar el buen tiempo este verano. ¡También ha ido á Eaux-Bonnes con la señorita y después á Cauterets.

—¡A Eaux-Bonnes, á Cauterets!, exclamó Silverio. con aire de sorpresa.

—¡Vaya! Sí, señor. ¡Santos ángeles, siempre de viaje! A la pequeña le domina ahora el afán de viajar... ¡Ah! Dispensa; creo que vienen visitantes y voy á recibirlos.

Poupotte volvió á entrar en su kiosco, recibió una peseta, que ingresó en caja, é hizo los honores de la *Cabellera de Magdalena* á dos caballeros.

Entretanto Silverio se alejó; fuése en busca de su caballo y se encaminó hacia la gruta. ¡Oh, qué emanaciones del pasado percibió allí dentro! Depositó sus libros, sus ropas y su carabina; condujo el mulo á su sitio de costumbre, y muy pensativo contempló en el suelo la huella de un pequeño tacón, que el pie de Jacobita había dejado allí impresa la noche en que se separaron.

Cinco días después, hallándose ocupado en adornar una rueca, mientras que su mulo pacía en las pendientes cubiertas de hierba del Gargos, Silverio oyó andar junto á la gruta; y al volver la cabeza divisó al padre Bordes, que llegaba, seguido á cierta distancia de Jacobita y Gastón.

—¿Conque ya estamos de vuelta?, preguntó el sacerdote con bastante frialdad.

—Sí, señor.

—Poupotte me lo ha dicho. Nosotros llegamos anoche, y me apresuro á visitar á usted. Tenemos que hablar.

—Estoy á la disposición de usted, contestó Silverio con cierta turbación.

—Es sobre el asunto de la cascada. Usted me escribió diciéndome que me hacía donación de ella; lo considero como una generosidad de su parte, pero esto no es muy correcto, pues no se da una propiedad como un polvo de rapé. En su consecuencia, si á usted le parece bien, se extenderá un acta ante notario, no acta de donación, sino contrato de venta. Yo le había vendido á usted ese terreno por doscientos francos algunos años hace; se lo compro ahora por la misma cantidad, y además le cedo la gruta. ¡Cuanto más amigos más claros! ¿Le conviene á usted?

—Si lo quiere usted así...

—Pues iremos uno de estos días á casa de Laburthe. Si necesita usted dinero ahora mismo, no tenga reparo en pedirlo... ¿Usted toma rapé?, añadió el sacerdote, presentando su tabaquera abierta.

—Gracias, no lo uso.

—¡Mal hecho! Un polvito de rapé de vez en cuando alivia mucho el cerebro.

Y para unir el ejemplo con el precepto, el sacerdote tomó un polvo y cerró su tabaquera con aire de satisfacción.

—¡Vamos, buenas tardes y que vaya bien!, dijo á Silverio. ¿Dónde habrán ido esos muchachos? ¡Ah, helos aquí!

Y el padre Bordes se reunió con los dos enamorados, que pasaban á lo lejos cogidos del brazo.

Una vez solo, Silverio siguió adornando su rueca.

—¡He aquí cómo me tratan ahora!, pensó. Ya vuelvo á ser el pequeño montañés sin la menor importancia, el hijo de la raza maldita, á quien todo el mundo puede despreciar. El padre Bordes no ha juzgado oportuno hacer la menor alusión á lo que pasó entre nosotros; y ahora que le he regalado la cascada, apenas piensa que quiso darme su sobrina en cambio. ¡Y esa sobrina, que se pasea por allí, sin dignarse siquiera hacerme el saludo que se dispensa á los mendigos, parece más altiva aún que su tutor!

Los dedos del guía temblaron un poco sobre la rueca de caña al ver á Jacobita correr entre las rocas, dando la mano á su novio. ¡Cómo se reía, y qué feliz era al parecer! Pasó junto á *Morrudo* y no le dijo nada, ni le miró siquiera.

—¡Eso no está bien, pensó Silverio, pues mi mulo no tiene la culpa de nada!

2009 Ministerio de Cultura

Y bajó un poco más la cabeza para no ver las travesuras de la olvidadiza Jacobita; pero oyó las voces de la joven pareja que se acercaba, y pudo escuchar todas sus palabras.

– ¡Cómo!, exclamaba la sobrina del sacerdote. ¿No ha visitado usted nunca el pico de Gargos, usted que ha nacido aquí?

– ¡Pues no!, contestó la voz de Gastón Roumigas.

– ¡Es vergonzoso!

– ¿Y usted ha ido?

– ¡Ya lo creo!

– ¿Es divertido?

– Ya lo verá usted mañana, pues quiero que suba.

– ¿Con usted?

– ¡Naturalmente! Se emprenderá la marcha temprano, y almorzaremos allá arriba.

– ¿Sabrá usted el camino por lo menos?

– ¡No tenga usted cuidado, tomaremos un guía!.. ¡Ah! Precisamente veo uno delante de nosotros. ¡Venga usted, podremos contratarle para esta ascensión!

¡Cómo se sonrojó Silverio al oir esta proposición! ¿Era posible que Jacobita se dirigiese á él para subir al Gargos? ¿Quería que el novio de la primavera condujese al novio del verano á la inolvidable cima?

Aún dudó un instante, pero los pasos de los paseantes se acercaban. ¡Sí, los pies de Jacobita eran los que tropezaban contra las piedras! El guía, sintiendo que se sonrojaba cada vez más, no interrumpió su trabajo ni levantó la cabeza; é inclinado sobre su rueca, manejó nerviosamente su cuchillo, pero sin ver lo que hacía.

– ¡Buenos días, caballero!, díjole la joven con voz alegre. ¿Conque ya estamos de vuelta?

Y sin esperar la contestación, añadió con tono de indiferencia:

– ¿Estará usted libre mañana? ¿Podría usted conducirnos al Gargos?

Silverio quería contestar negativamente; pero temió que se atribuyese esto á su amor, y quiso probar que su corazón, precisamente porque palpitaba demasiado, estaba tan tranquilo como el de la joven.

– Señorita, contestó, bajando siempre la vista, la conduciré á usted mañana adonde guste.

– ¡Muy bien! Venga usted á buscarnos á las nueve al presbiterio, y no lo olvide.

– Queda entendido que no necesitamos mulo, dijo Gastón.

Y demostrando que no estaba bien educado, el hijo de Roumigas añadió en presencia de la joven:

– ¿Cuánto valdrá esa ascensión? ¿Prestará usted el servicio por ocho francos? ¡Como la estación ha terminado!.. ¡Vamos, ocho francos y cincuenta céntimos! ¿Estará bien?

– Ya nos arreglaremos, contestó Silverio secamente.

– ¡No, mejor será estipular las condiciones de antemano para evitar sorpresas! ¡Vaya, digamos nueve francos, incluso la propina!.. ¡Hasta mañana!.. ¿Viene usted, Jacobita?

Silverio se irguió; sus ojos se animaron de una expresión de cólera, y abrió la boca para dirigir al abogado de Tolosa alguna frase dura y violenta; pero se contuvo.

– ¡Es el hijo de Roumigas, pensó; de Roumigas, que ha visto matar á Laroque!

Y sin pronunciar palabra, siguió trabajando en su rueca febrilmente, disimulando las lágrimas de vergüenza que asomaban á sus ojos.

Jacobita no había intervenido en aquella escena, ni había pensado que debía pronunciar alguna palabra para que se respetase la dignidad del guía. ¡Qué ferozmente se vengaba! ¡Cómo buscaba todas las ocasiones de humillar ahora al hombre á quien tanto había exaltado en otro tiempo! ¡Cómo sabía aborrecer la que tan bien había sabido amar!

Entonces Silverio se preguntó si la joven no habría ideado aquella ascensión al Gargos para someter á su antiguo enamorado al más cruel de los martirios, y tuvo miedo del día siguiente.

A las nueve en punto, vestido con su traje de guía, el montañés se presentó en el presbiterio.

¡Vaya, volvámonos á nuestro país!

– ¡Entra!, exclamó Poupotte. Ven á calentarte á la cocina. El señor está tomando su chocolate en el comedor, y parece que el viaje le ha sentado bien, á juzgar por las tortas que se come... En cuanto á la señorita, creo que está acabando de vestirse... ¿Conque se trata de pasar el día allá arriba? ¡Extraño capricho, pudiendo oir la música en la plaza de las Termas!

En aquel momento abrióse la puerta y se presentó el padre Bordes.

– ¡Ah, muy bien!, exclamó con tono de mal humor y limpiándose una mancha de chocolate en la sotana. Veo que usted es exacto... ¿Cree usted que tendremos buen tiempo? La estación está muy adelantada, y en cuanto á mí, hubiera aplazado la expedición hasta el año próximo. En fin, ya que se ha resuelto...

El eclesiástico se dirigió hacia la sala.

– ¡Jacobita!, gritó, ¿estás ya lista?

– Voy al momento, contestó la voz lejana de la joven.

El padre Bordes volvió á reunirse con su cocinera.

– ¿Y tú, preguntó, lo has preparado todo?

– Aquí están los paquetes, contestó Poupotte; el café en esa botella, el azúcar aquí, los bizcochos allá. ¡Cuidado con tumbar el pastel! En cuanto al *rosbif* le encontrará usted en este papel y la mayonesa en el bote.

– ¿Y mi sal de Vichy?, preguntó el padre Bordes.

– ¡Ah, santos ángeles! Lo había olvidado.

– ¡Te vas haciendo vieja, Poupotte!..

El tutor de Jacobita hizo una mueca para manifestar su descontento.

– Pero he pensado en ponerle á usted un chaleco de franela, repuso la criada, y hele aquí. ¡No se vaya usted á constipar allá arriba!

– ¡Bueno, bueno!, repuso el sacerdote dulcificándose... ¡Ponga usted todo eso en el saco, Silverio!.. ¡Diantre, no lo sacuda usted de esa manera, y tenga más cuidado!

Jacobita se presentó al fin, vistiendo traje azul, como la otra vez.

– ¡Heme aquí, estoy á sus órdenes!, dijo, poniéndose los guantes.

Parecía no haber visto á Silverio.

Los expedicionarios pusiéronse en marcha para ir á buscar á Gastón al otro extremo del pueblo.

– ¡Cuidado con las víboras!, gritó Poupotte, que prodigaba demasiado las buenas recomendaciones.

– Cruzaremos por el bosque de Ribenac. ¿No es verdad?, preguntó la joven á Silverio con tono imperativo y apresurando el paso.

– Es muy fatigoso, señorita, contestó el guía, y necesitaremos una hora más.

– ¡No importa, repuso Jacobita, tengo empeño en pasar por allí!

Y tomó la delantera con su tío.

El sacerdote parecía estar de muy mal humor.

– ¡Este sí que es el último capricho en que te complazco, refunfuñaba, andando pesadamente junto á su sobrina. ¡Lastimoso es obligar á un pobre viejo como yo á subir allá arriba!

Pero Jacobita le oprimía entonces el brazo para indicarle que debía ser más discreto con los extraños.

Al fin llegaron ante el jardín de Roumigas.

– ¡Hola! ¡Ya están ustedes aquí!, exclamó el hechicero, saliendo de su pabellón. Gastón espera ya.

Siguieron los saludos y se habló de la salud, mientras Silverio se mantenía separado para no mezclarse en las efusiones de la familia.

El padre Bordes se extasió, contemplando las cerezas de Roumigas, que comenzaban á madurar.

– Sí, prometen, dijo el padre de Gastón; pero esos pícaros pájaros me las roban todas las mañanas. Por más que ponga muchos espantajos en el jardín, no bastan para ahuyentarlos.

– ¡Oh, oh!, exclamó el sacerdote, señalando sobre el cerezo un corpulento maniquí que representaba un personaje extravagante, un cuerpo relleno de salvado y revestido con una falda vieja de Hilloune la criada. Eso sí que los hará huir.

– ¡Hacerlos huir!, repuso Roumigas. ¡Nada de eso! No se van hasta que les arrojo piedras; pero á mí ya me conocen de lejos, ¡pardiez!, y no hay temor de que se acerquen. ¡Ah, pícaros, quieren impedir que yo coma cerezas en aguardiente, señor cura!

¡Cómo se entendían! ¡Qué bien se llevaban!

Pero Gastón llegaba con un diario en la mano.

Jacobita corrió hacia él; los dos viejos cambiaron un polvo de rapé, y el perseguidor de duendes entró luego en su pabellón con aire idílico, no sin haber demostrado á Silverio, por una mirada rápida como el reflejo de un sable, que se acordaba aún de Laroque.

Entonces comenzó el paseo.

Jacobita se puso á la cabeza, cogida del brazo de Gastón, y el sacerdote siguió lo mejor que pudo, siempre echando los bofes.

Así llegaron á orillas de un riachuelo, y entonces la joven se volvió hacia Silverio.

– Señor guía, díjole. ¿Cómo se llama este río?

– El arroyo de Ribenac, señorita.

– ¡Ah! Muy bien.

Y mostró detenidamente á Gastón el movimiento de la espuma en las rocas. ¿No es verdad que era muy bonito aquel torrente? ¿No parecía divertirse, mojando el lomo de aquellas pobres piedras?.. ¡Qué loquillo era el torrente! ¡Y aquellos buenos sauces añosos, de voluminosa cabeza, que parecían retorcerse ante aquel espectáculo! ¡Y aquellos abedules, cuyas ramas pendientes trataban de molestar al río en su paso!

Jacobita se había servido de estos mismos términos en otro tiempo para mostrar las mismas cosas al guía; mas hubiérase dicho que ya no lo recordaba la antigua amiga, que estrechándose más contra su Gastón, seguía extasiándose ante el paisaje.

– ¡Por aquí!, dijo Jacobita tomando el sendero de la derecha, el mismo que había señalado en otro tiempo el bastón ferrado del montañés.

(Continuará)

2009 Ministerio de Cultura

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL DICATÓPTERO DE ENRIQUE EPPER

La afición al dibujo y aun la necesidad de dibujar se generalizan de día en día; pero como son muchos los que no saben hacerlo con la seguridad y corrección debidas, hace tiempo que se busca la manera de

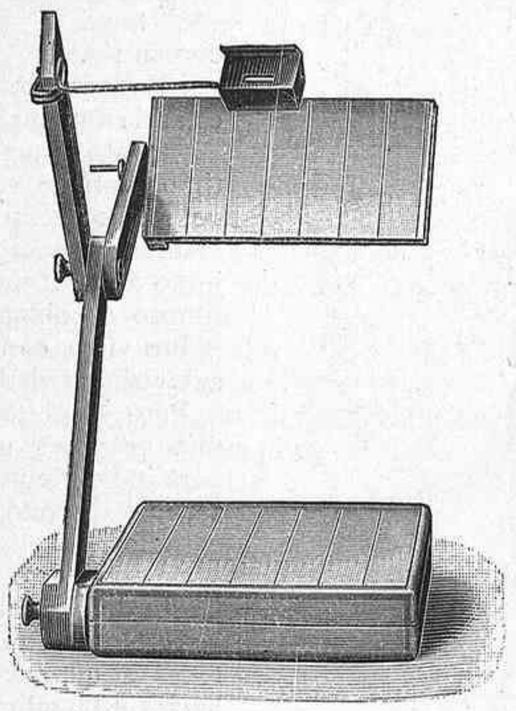


Fig. 1. – El dicatóptero, aparato para dibujar

salvar esta deficiencia, construyendo aparatos para dibujar al alcance de todos. Sin embargo, el éxito no ha correspondido á lo que los inventores se prometían, pues tales inventos se han reducido á modificaciones más ó menos acertadas del pantógrafo y sobre todo de la cámara obscura.

Pero el pantógrafo no será nunca un aparato perfecto porque no puede utilizarse para el dibujo de figura y de paisaje. En cuanto á la cámara obscura, actualmente ha encontrado su forma más perfecta en

Fig. 2. – Modo de usar el dicatóptero

la cámara fotográfica; mas nunca podrá ser utilizada como aparato para dibujar, dada la dificultad de comprobar en un medio completamente obscuro las líneas que se trazan.

El dicatóptero de Enrique Epper, de Brunswick, parece resolver estas dificultades y satisfacer la necesidad expuesta, ya que es un aparato utilizable para muchas aplicaciones que, merced á dos espejitos de plata bruñida, reproduce clara y marcadamente en la superficie en donde ha de dibujarse los objetos de

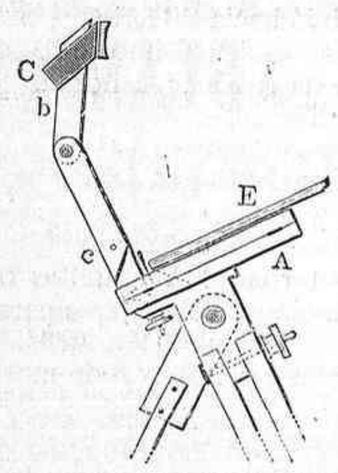


Fig. 3. – Aparato supletorio del dicatóptero para dibujar objetos en perspectiva

cualquier clase que sean, sin estorbar para nada la libertad completa del dibujante. Al artista, al especialista, le interesarán la variedad de combinaciones y funciones del aparato, la claridad y vigor de la imagen reproducida y la facilidad de ejecución que se realiza con sólo seguir las líneas que en la superficie se destacan.

El dicatóptero, que va encerrado en una pequeña caja, tiene la forma de una caja de pintor; sus dimensiones son 18 centímetros y medio de largo, por 21 y medio de ancho y tres y medio de alto, y su peso es de 800 gramos, de modo que puede llevarse fácilmente en viajes y excursiones.

Como indican las figuras 1 y 2, el dicatóptero se compone de una caja, de tres palos movibles, de un portaobjetos y de una cámara. Para dibujar se fija el objeto en el portaobjetos por medio de chinches, se coloca el papel en que se ha de dibujar sobre la caja y se mira por el orificio de la cámara. La imagen que se quiere reproducir, la mano y el lápiz se presentan perfectamente distintos sobre el papel, de modo que con suma facilidad puede ser copiado el objeto que se desea.

Para reproducir en perspectiva paisajes y edificios se atornilla al dicatóptero un sencillo soporte (fig. 3), se ajusta la cámara con una lente cóncava al palo superior y se coloca el álbum ó el papel sobre la caja, á la cual se da la inclinación conveniente hasta que la imagen de los objetos verticales (torres, casas, etcétera) aparezca paralela á las líneas de la caja.

Aun cuando es evidente que el manejo del aparato resulta algo embarazoso y que es algo molesto mirar con un solo ojo por la cámara obscura, es lo cierto que el dicatóptero responde á las necesidades que hacen utilizar estos instrumentos de dibujo al alcance de todos, mejor que cualquier otro de los muchos que para tal objeto se han construído hasta ahora.

La utilidad del dicatóptero ha sido apreciada, no sólo por los simples aficionados y por los legos en materia de dibujo, sino que también por los paisajistas, por los maestros de dibujo, etc. Este aparato se recomienda muy especialmente para los que se dedican á la pintura de cristales, á la pintura sobre madera, á la de flores y en general á todas estas labores de adorno que requieren ciertas nociones previas de dibujo. – X.

***

LAS CALDERAS DEL CONTRATORPEDERO INGLÉS «HORNET»

El contratorpedero inglés *Hornet* es indudablemente uno de los buques de marcha más rápida del mundo: en las diferentes pruebas que se han practicado ha alcanzado una velocidad de 28'16 nudos, de 28'39 y 28'48, siendo este resultado debido á sus calderas.

El constructor de éstas, M. Yarrow, después de haber logrado un triunfo con las que construyó para el torpedero *Havock*, ha inventado el tipo que nuestra figura 1 reproduce, habiendo colocado ocho de ellas por pares en el *Hornet*, que tiene por consiguiente cuatro chimeneas, con una superficie de 15 metros cuadrados de enrejado y 745 metros de superficie de calefacción. Esta subdivisión del aparato motor presenta, además de esta mayor superficie, otras ventajas: en primer lugar, permite reemplazar fácil y rápidamente (en 40 minutos) esas calderas cuando están gastadas, y en segundo, conservar cierta potencia y determinada velocidad al buque en el caso de que una de las calderas se inutilice.

Las calderas pesan 43 toneladas, y para evitar las quemaduras, sus tubos, que son de cobre y que sólo tienen 25 milímetros de diámetro, están llenos de agua y hacen funcionar máquinas de triple expansión de unos 4.300 caballos indicados.

El constructor de este contratorpedero ha adoptado las disposiciones necesarias para reducir las vibraciones que imprimen las hélices al casco del buque en marcha y que á menudo hacen tan penosa la permanencia en éste. Según el dictamen de la comisión de prueba, este resultado se ha conseguido, puesto que en el mismo se consigna que tales vibraciones son nulas.

El *Hornet* es el segundo buque en que M. Yarrow ha hecho la prueba de su nuevo tipo de caldera que anteriormente había ensayado en uno de los pequeños torpederos que construyó para la República Argentina y cuya marcha resultó ser de 18'11 nudos por hora. Estos resultados han movido al almirantazgo inglés á no emplear en lo sucesivo más que calderas de este género para los torpederos de primera clase, habiendo los astilleros en que éstos se construyen hecho distintos pedidos á M. Yarrow, que ha obtenido privilegio de invención y que acaba de contratar con el gobierno ruso la construcción de un torpedero, cuyo andar será de 29 nudos.

Es de suponer que de aquí á la entrega del buque M. Yarrow habrá introducido en su invento algunos perfeccionamientos que son indispensables. En efecto, en las maniobras de 1894 los predecesores del *Hornet* no han escapado á la plaga que azota á los barcos extra-rápidos, puesto que han sufrido graves averías. Finalmente, y este es un defecto capital, los contratorpederos de la clase del *Hornet* (220 toneladas) pasean con ellos durante la noche un penacho de llamas muy comprometedor y muy peligroso, pues por una parte revela al enemigo su presencia y por otra expone al barco á un incendio, y tanto es así, que las tripulaciones se ven obligadas á inundar incesantemente todos los objetos que están sobre el puente y en los que fácilmente podría prender el fuego.

L. RENARD

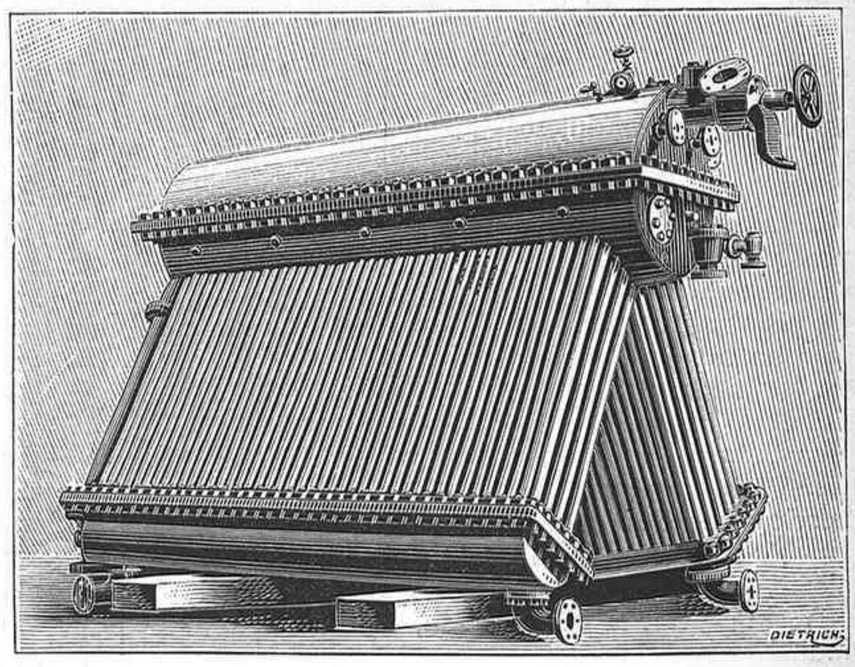


Fig. 1. – Nueva caldera Yarrow empleada en el contratorpedero inglés *Hornet*

***

FABRICACIÓN DE FULMINANTES

En esta denominación comprendemos todas las composiciones químicas que permiten obtener efectos de entretenimiento, y en primer lugar las llamadas cápsulas de artificio, fulminantes inofensivos empleados en las pistolas que sirven de juguetes á los niños. Estos fulminantes están formados con una pasta compuesta de fósforo rojo, clorato potásico y goma, que se pone en muy poca cantidad en el centro de un pequeño cuadrado de papel, de ocho milímetros de lado, que se cubre con otro papel de igual tamaño.

En Inglaterra la composición autorizada es también una mezcla de clorato de potasa y fósforo rojo con ó sin nitrato potásico, sulfuro de antimonio ó azufre pulverizado.

He aquí la composición de algunas mezclas:

I. – Clorato potásico, 85 partes; fósforo rojo, 15.

II. – Clorato potásico, 80 partes; fósforo rojo, 12; nitrato potásico, 8.

III. – Clorato potásico, 80 partes; fósforo rojo 12; sulfuro de antimonio, 6; nitrato potásico, 2.

Para estas mezclas aconsejamos que no se emplee azufre, que las hace peligrosas.

Estas materias se pulverizan aparte y luego se mezclan con muchas precauciones en agua de goma (80 gramos de goma arábiga ó 100 de dextrina por litro) de modo que se forme una pasta clara. La cantidad de explosivo que debe emplearse es de 5 miligramos por fulminante: en Inglaterra la cantidad está limitada á 4'55 miligramos por cápsula y la del fósforo amorfo á 0'65 miligramos.

A estas dosis tales artificios son inofensivos, pero si se aumentan las proporciones pueden ofrecer ciertos peligros, estando probado que la cantidad de explosivo no ha de exceder de 5 miligramos por fulminante.

La fabricación se verifica del modo siguiente:

En una mesa de madera, mármol ó hierro se extienden las hojas de papel no engomado de color rojo: sobre ellas se aplica una plancha erizada de puntas de madera ligeramente cónicas y estriadas, de unos 5 centímetros de longitud. Estas planchas, análogas á las que sirven para imprimir papel pintado, tienen 55 centímetros de largo por 45 de ancho y dos asas para que puedan ser fácilmente cogidas: constan de 60 filas de 75 puntas.

Un obrero coge la plancha y la coloca en un barreño plano que contiene la mezcla en un espesor de unos 25 miligramos, con lo que todas las puntas se

2009 Ministerio de Cultura

empapan de cierta cantidad de explosivo que se estima en 20 miligramos, y luego la pone sobre el papel, dejándola así algunos instantes. Atraída la composición por la capilaridad, cada punta deposita en la hoja una gota, que representa unos 10 miligramos de mezcla. Hecho esto, una obrera pone la hoja del papel sobre una hoja de cinc de iguales dimensiones y la lleva al tendedero.

En otras fábricas se emplea otro sistema para depositar la composición fulminante sobre el papel en cantidad dosificada y regular. El aparato consiste en una hortera hueca con muchas hileras de tubos ligeramente cónicos y situados á un centímetro uno de otro: esta hortera puede cerrarse herméticamente y está en comunicación por medio de un tubo flexible con una pera de caucho provista de una válvula: pónese dentro de la hortera la composición, y colocada la hoja de papel debajo de los tubos oprímese la pera y sobre aquélla caen las gotitas de materia explosiva. En una jornada de trabajo dos obreros y dos ayudantes pueden llenar 500 hojas con 2.500.000 fulminantes y un total de 15 kilogramos de materia explosiva seca.

Las hojas se dejan secar durante un día al aire, sin ninguna elevación de temperatura para evitar un accidente. Después de esto se cubre cada hoja con otra de papel de igual clase, pero engomado con dextrina, verificándose esta aplicación de una hoja sobre otra por medio de un cepillo, procurando no apoyar mucho y evitar el menor choque. Luego se coloca cada hoja sobre una plancha de cinc, cubriéndola con cuidado con una tela metálica puesta en un marco para evitar que la humedad la encorve ó reblandezca, y así se la deja durante veinticuatro horas en el secadero, que debe estar á la temperatura ordinaria y bien ventilado.

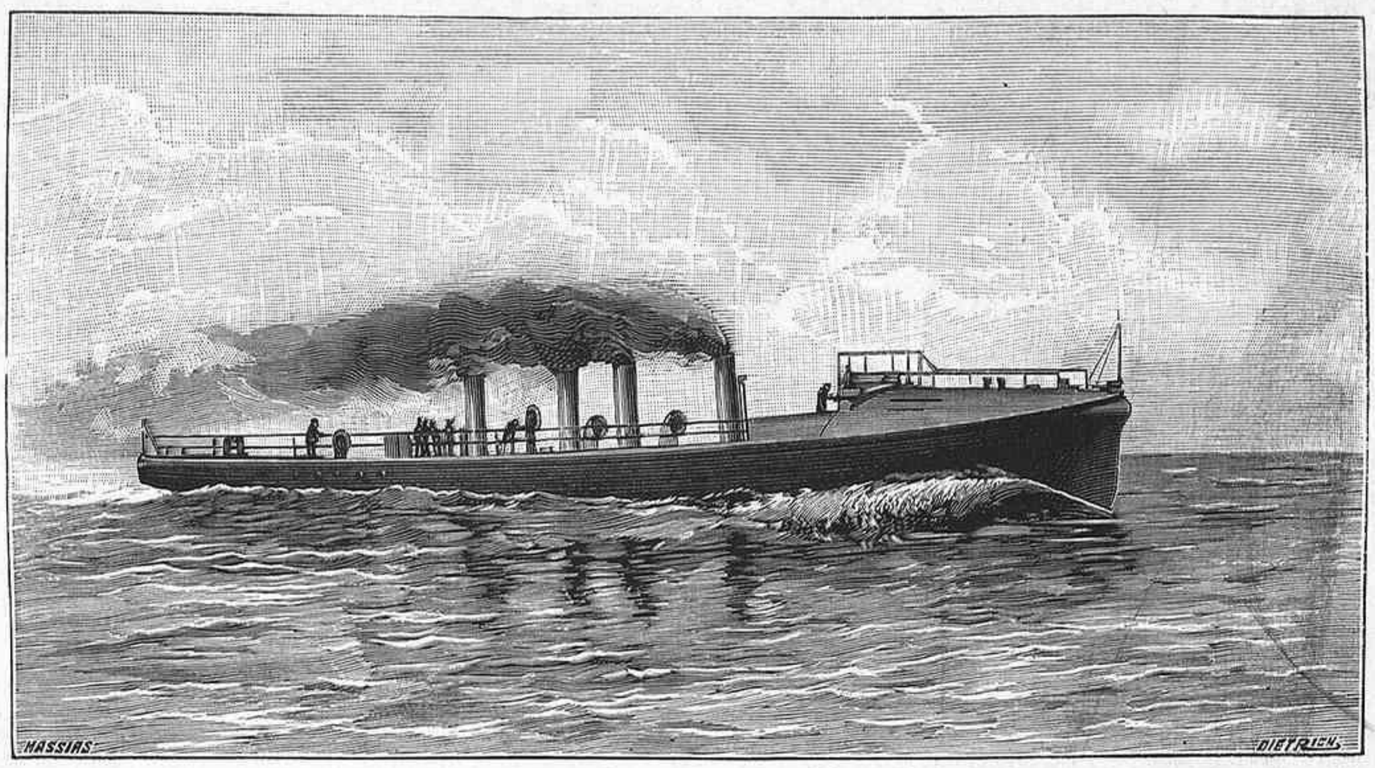


Fig. 2. – El contratorpedero inglés *Hornet*. Velocidad de 28 nudos por hora

Una vez secas las hojas, se cortan una á una en evitación de cualquier accidente, y las obreras encargadas de esta operación, que se hace con tijeras, deben procurar no tocar la parte que forma una pequeña eminencia en el papel.

Los fulminatos que se ponen en los papeles con que se cubren ciertos dulces y que estallan cuando se tira de sus extremos, se fabrican del modo siguiente: se toman dos pedazos de madera de pino de 8 centímetros de largo por 4 ó 5 milímetros de ancho y $^1/_4$ de milímetro de grueso, poniendo en el uno una gota de fulminato de plata en pasta y en el otro pasta de esmeril. El fulminato se pone por medio de un objeto puntiagudo de modo que no se deposite más de un miligramo. La composición detonante se hace pasta con agua de goma y á veces se mezcla con nitrato de potasa. En cuanto á los pedazos que han de ser cubiertos con esmeril, se les sumerge simplemente en la pasta algo espesa de esmeril y goma. Todas estas tirillas se colocan separadamente en planchas de cinc y se ponen á secar cubiertas con una tela metálica para evitar que las corrientes de aire hagan volar aquéllas unas sobre otras, pues en este caso los pedazos se pegarían y al tratar de despegarlos podría producirse la explosión.

Una vez secas esas tiras se aplican unas sobre otras por los extremos que contienen las pastas, en una longitud de unos dos centímetros, y luego se envuelven en una hoja de papel fino encarnado y engomado con dextrina. Fácilmente se comprende que así dispuestos y después de secos los fulminantes basta tirar inversamente de las dos tiras para que el esmeril roce el fulminante y la explosión se produzca.

Cuando estas dos tiras son de madera ó de cartón sucede á menudo que se rompen por efecto de la resistencia que ofrece la tira de papel en que están envueltas: como este contratiempo molesta á los interesados en hacer estallar el fulminante, algunos fabricantes han sustituído aquéllas con tirillas de algodón ó de tela impregnadas de silicato de sosa para ponerlas rígidas; otros han apelado al aluminio, metal muy ligero y muy á propósito para esta aplicación. – A. M. B.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. – Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorósis*, la *Anémia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteracion de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrofulosas* y *escorbuticas*, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reune todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorida: el *Vigor*, la *Coloracion* y la *Energia vital*.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmº, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

EL APIOL DE LOS DOCTORES JORET Y HOMOLLE
Rue de Rivoli, 150, Entre les Rue Jean Tison PARIS
APIOL
REGULARIZA LAS EPOCAS.
IMPIDE LOS DOLORES, RETRASOS, SUPRESIONES, &c
Dósis: una ó dos capsulas mañana y tarde.
FRASCO 4'50 – TODAS FARMACIAS.
SE IMITA Y SE FALSIFICA
PARA EVITAR LA FALTA DE ÉXITO, EXIJIR EL APIOL DE LOS Ptes JORET Y HOMOLLE
MEDALLA de ORO. Exposición de ANVERS 1894.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedías, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL Dr CORVISART. EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS 1867 – LYON 1872 – VIENA 1873 – PHILADELPHIA 1876 – PARIS 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS – GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS . de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK
VERITABLES GRAINS de Santé du docteur FRANCK
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
(Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
Y en todas las Farmacias.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.— PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CYCLES IMPERATOR
DUGOUR Y Cª, Constr.
81, *Faubourg, Saint-Denis, en Paris*
Velocípedos de precisión 225
Excelentes neumáticos. Fr.
Catálogo gratis.–Exportación.

MAREO PELAGINA
RESULTADOS COMPLETOS en el mayor número; ALIVIO SEGURO en los otros.
IMPORTA SABER COMO EMPLEARLO. En Francia, frascos 5, 3 y 1 fr. 50
E. FOURNIER Farmº, 114, Rue de Provence, PARIS, y en las principales Poblaciones marítimas.
MADRID: *Melchor GARCIA*, y todas Farmacias.

Pildoras y Jarabe DE BLANCARD
Con Ioduro de Hierro Inalterable.
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.
Exíjase la Firma y el Sello de Garantía. – Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Solucion BLANCARD y Comprimidos de Exalgina
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES { DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEVRALGICOS.
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR

VELOUTINE FAY
El mejor y mas célebre polvo de tocador
POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por Ch. Fay, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

2009 Ministerio de Cultura

Un mal paso, cuadro de José Cusachs (Salón Parés)

PAPEL CIGARROS
ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE Bin BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL Dr DELABARRE

Frasco: 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
Pone y conserva el cútis limpio y terso
GANDES & Cie Bd St-Denis, 15

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO, BRONQUÍTIS, OPRESION
ASMA
y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
J. FERRÉ y Cia, Pres, 102, R. Richelieu, Paris.
FUMIGACIÓN

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

Las Personas que conocen las
PILDORAS del Dr DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el causancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de Sn-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & Cie, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

Jarabe de Digital de LABELONYE
Empleado con el mejor exito contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la Sad de Fia de Paris
HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en injeccion ipodermica.
Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
LABELONYE y Cia, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD CON QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos.
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al Vino de Quina de Aroud.
Por mayor. en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

PATE ÉPILATOIRE DUSSER
destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero y para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau. Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

2009 Ministerio de Cultura